

LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD de Betty Friedan

Por **MARÍA CALVO CHARRO**

I. INTRODUCCIÓN. BREVE BIOGRAFÍA Y CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIAL

- 1. Breve biografía de Betty Friedan**
- 2. Contexto histórico social. Los barrios residenciales de Estados Unidos en la postguerra**

II. LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD ENTRE LOS AÑOS 50 Y 60

- 1. Un cambio de paradigma a partir de la postguerra**
- 2. La fuga de cerebros femeninos de la universidad**
- 3. El papel de los medios y las empresas en la mística de la feminidad**
- 4. El feminismo de Betty Friedan frente al de Simone de Beauvoir.**
- 5. La educación de las mujeres como instrumento fundamental para la igualdad.**

III. EL MALESTAR QUE NO TIENE NOMBRE

- 1. El origen del malestar que no tiene nombre. Mujeres anuladas. La madre solo madre, demasiado madre, madre al 100%.**
- 2. La mística de la feminidad, la mística de la perfección.**

IV. LOS HIJOS DE LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD. ENTRE EL INFANTILISMO Y LA PATOLOGÍA.

- 1. La simbiosis que mata las identidades**
- 2. El secuestro arbitrario del hijo. Hijos débiles y dependientes**
- 3. La solución: practicar el desapego. El regalo de la ausencia.**
- 4. El papel del padre en el desapego. La “liberación” del hijo y de la madre**

V. UN FEMINISMO JUNTO A LOS VARONES Y EN FAMILIA

- 1. Pero ¿dónde estaban los hombres?**

2. Las familias matrifocales. El poder del hogar.

3. Feminismo y familia ¿por qué no?

VI. LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD EN EL SIGLO XXI

1. Crisis de identidad femenina. Y la mujer se hizo hombre.

2. De la tristeza del ama de casa a la tristeza de la mujer de éxito. El nuevo malestar que no tiene nombre.

3. Declinaciones de la maternidad en la actualidad.

A. El fantasma de la apropiación de los hijos.

B. La no madre

VI. PUNTOS DE DIVERGENCIA CON BETTY FRIEDAN

1. Igualdad en el ámbito reproductivo y biológico. Aborto y anticoncepción química.

2. La aportación heroica de las mujeres al hogar. ¿Dónde queda el amor?

3. La libertad de elegir la valentía de ser una misma.

VII. REIVINDICACIÓN DE LA MATERNIDAD “TRANQUILA”. LA URGENCIA DEL AMOR

VIII. CONCLUSIÓN. REIVINDICANDO EL FEMINISMO DE LIBERTAD

LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD de Betty Friedan

Por MARÍA CALVO CHARRO

I. INTRODUCCIÓN. BREVE BIOGRAFÍA Y CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIAL

Para la comprensión correcta de la obra de Betty Friedan, resulta imprescindible trasladarnos al contexto histórico-social de los años posteriores a la II Guerra Mundial en Estados Unidos, muy diferente en algunos aspectos al marco en el que se desenvolvían las mujeres en Europa occidental en esa misma época. Asimismo, el ambiente religioso imperante en la mayor parte de la Europa de la postguerra, el catolicismo, no era el de Estados Unidos donde eran prioritarias otras religiones, como el protestantismo. Estos factores condicionarían a las mujeres norteamericanas de esas décadas de una forma muy distinta a las mujeres europeas.

1. Breve biografía de Betty Friedan

Betty Naomi Goldstein, conocida como Betty Friedan (Peoria, Illinois; 4 de febrero de 1921-Washington D. C. 4 de febrero de 2006) considerada la madre del feminismo moderno, escribió *La mística de la feminidad*, un libro clave en la historia del pensamiento feminista y considerado como uno de los libros de no ficción más influyentes del siglo XX por el que fue galardonada con el premio Pulitzer¹.

Estudiante brillante, se graduó en psicología en el *Smith College* en 1942 y en 1943 logró una beca de la Universidad de California en Berkeley para realizar estudios de posgrado donde estudió con el renombrado psicoanalista Erik Erikson. Allí renunció a una segunda beca para seguir formándose por petición del hombre al que estaba entonces unida. Fue un momento decisivo -explicó en sus memorias- que luego la llevaría al feminismo.

La siguiente etapa de su vida la desarrolló en Greenwich Village, en Nueva York, donde colaboró con varias publicaciones obreras y trabajó como editora en *The Federated Press*, un pequeño servicio de noticias que proveía de información a los periódicos nacionales. En 1946 encontró un trabajo como reportera en *U.E. News*. En 1947 se casó

¹ Publicado por *WW Norton & Company*, había vendido más de tres millones de copias en 2000.

con Carl Friedan, un joven director de teatro y posteriormente ejecutivo publicitario, y se mudó a Victorian House en Rockland County, N.Y. La pareja tuvo tres hijos, antes de que se divorciaran tras veintidós años de matrimonio, en 1969.

Tras su segundo hijo, y al ser expulsada de su trabajo, se convirtió en ama de casa y siguió colaborando en diversas revistas. Fue uno de sus artículos no publicados el que la empujó a escribir sobre el malestar de la mujer norteamericana de los años cincuenta. “*Había una extraña discrepancia entre la realidad de nuestras vidas como mujeres y la imagen a la que intentábamos adaptarnos, la imagen que he llamado la mística femenina*”, explicó Friedan en una entrevista en 2000.

En 1963 publicó el libro que marcó no solo su vida sino la historia de muchas mujeres occidentales en la segunda mitad del siglo XX: *La mística de la feminidad*. Esta obra tuvo como germen el trabajo realizado desde 1956, año en que Friedan comenzó su investigación con un cuestionario en el que preguntó a sus compañeras licenciadas de *Smith College* acerca de ciertos aspectos de sus vidas desde que habían concluido su educación superior. También utilizó encuestas a licenciadas de otras universidades, así como estadísticas y estudios sobre mujeres realizados en varias disciplinas de las ciencias sociales, especialmente psicología y sociología. Además, realizó entrevistas periodísticas con quienes ella denominó *expertos*: psicólogos, profesionales de la salud mental, pedagogos, trabajadores de la publicidad, editores de revistas y especialistas en los medios. Tras extraer una impresionante cantidad de información, opiniones e historias de vida, describió el problema fundamental de las mujeres blancas de clase media que vivían en los suburbios de Estados Unidos.

En octubre de 1966, Betty Friedan fue cofundadora de la Organización Nacional de Mujeres (NOW por sus siglas en inglés), la asociación más poderosa del feminismo de los sesenta, organización pionera que reunió un gran número de colectivos y grupos feministas de Estados Unidos y que sigue siendo una de las organizaciones más importantes de ese país. Destacaron sus presiones al Gobierno estadounidense para que prohibiese la discriminación en el trabajo, y a las aerolíneas para que suprimieran la política de emplear tan sólo a mujeres solteras menores de treinta años como azafatas de vuelo. “*Las líneas aéreas estaban indignadas porque les habíamos acusado repetidas veces de que estaba cometiendo una discriminación por razón de sexo al obligar a las azafatas a jubilarse a los treinta años de edad o cuando se casaran (...) Y luego me di cuenta de la cantidad de dinero que se ahorraban esas compañías al despedir a*

aquellas hermosas azafatas antes de que tuvieran tiempo de acumular incrementos salariales, tiempo de vacaciones y derechos de jubilación”.

Tres años más tarde fundó la *National Association for the Repeal of Abortion Laws* (NARAL, Asociación Nacional para la Revocación de las Leyes contra el Aborto), posteriormente conocida como *Naral Pro-Choice America*.

En 1970 dejó la presidencia de NOW tras altercados cada vez más frecuentes con otras compañeras de la organización a causa de su oposición hacia las posturas más radicales de una nueva generación, que la apartaron del movimiento. Sus enfrentamientos se debieron especialmente a la postura de los sectores más radicales contra los varones que Friedan no compartía en absoluto y que consideraba injusto y contraproducente para las mujeres.

En 1971 fundó con Gloria Steinem, Bella Abzug y otras mujeres, la Asamblea Política Nacional de Mujeres (*National Women's Political Caucus*) para apoyar una mayor presencia del sexo femenino en la política.

Colaboradora habitual de *McCall's*, *Harper's*, *The New York Times*, *The New Republic* y *The New Yorker*, escribió numerosos trabajos sobre los derechos de las mujeres. Entre sus obras posteriores a *La mística de la feminidad* destacan: *La segunda fase* (1981), *La fuente de la edad: vivir la vejez como una etapa de plenitud* (1993) y el libro de memorias *Mi vida hasta ahora* (2000)².

2. Contexto histórico social. Los barrios residenciales de Estados Unidos en la postguerra

La Mística de la feminidad fue publicada en 1963 pero su redacción se inició en 1956, “*en medio del camino de la vida*”, a los treinta y seis años, cuando Friedan era ama de casa en un barrio residencial, casada y con tres hijos. Y éste es el contexto al que debemos atenernos en concreto: el ambiente de los barrios residenciales de clase media y media-alta de Estados Unidos, surgidos la mayoría de ellos tras la II Guerra Mundial al amparo del crecimiento económico de la década de los años 50; la sociedad más opulenta y consumista del mundo en palabras de Galbraith.

Betty era por entonces el prototipo de mujer norteamericana que, a pesar de tener estudios y trabajo, se había visto obligada a abandonarlo todo para dedicarse al hogar

² Un resumen de la vida de Betty Friedan lo encontramos en el artículo de A.H. Bloch, Betty Friedan: el trabajo de las mujeres, el liberalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial y los orígenes de la liberación femenil en Estados Unidos, *Rev. Signos Históricos*, vol.15 no.30 México jul./dic. 2013.

plenamente (expulsada de su empleo al tener su segundo hijo). En esta época, las mujeres en Estados Unidos, gracias a la lucha de sus predecesoras, habían obtenido importantes avances en el disfrute de los derechos civiles, como el derecho al voto y la posibilidad de realizar estudios en la Universidad.

Es importante tener presente que mientras los varones norteamericanos estuvieron en la II Guerra Mundial, fueron las mujeres las que tuvieron que ocupar sus puestos de trabajo, muchas veces con esfuerzos heroicos al tener que compatibilizar las obligaciones propias del hogar con el trabajo fuera de casa. La segunda gran contienda fue un acontecimiento crucial para dar a la mujer el rol como una parte igual de la fuerza de trabajo. Los hombres entraron en el servicio militar, dejando un gran número de puestos de trabajo vacantes que las mujeres tenían que cubrir. Para el final de la guerra, el número de mujeres empleadas había aumentado a 18 millones, un tercio de la fuerza laboral total.

Sin embargo, cuando los hombres al finalizar la contienda volvieron del frente, fue preciso que retomaran los trabajos de cara a normalizar su situación desde un punto de vista material pero también psíquico (algunos volvieron con tremendas secuelas), buscando una normalidad que les permitiera retomar su vida y volver a sentirse útiles. Esto provocó que muchas mujeres tuvieran que dejar sus ocupaciones profesionales. Así, muchas mujeres abandonaron sus trabajos y retornaron al hogar con la finalidad de dedicarse en exclusiva a ser madres y esposas, teniendo como única ocupación las labores de la casa y la crianza de los hijos; en palabras de Friedan, *“a través de un compromiso con el hogar y la familia que lo abarcaba todo”*.

II. LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD ENTRE LOS AÑOS 50 Y 60

En este ambiente, en los recién construidos barrios residenciales de Estados Unidos (lejos de la otra realidad de América del Norte, caracterizada por los ranchos y granjas aisladas, y las zonas marginales de las ciudades, donde las mujeres también se enfrentaban a sus problemas específicos pero distintos de los que aquí se describen) se desarrolló, implantó y extendió con rapidez lo que la autora denominó (y concede título a su obra) la *“mística de la feminidad”*; con un fuerte poder homogeneizador entre el

sexo femenino, “*una horma moral, fabricada es esos años, en la que se pretende, como en un lecho de Procasto, hacer vivir a todas las mujeres*”³.

Se trataba, según la autora, del ideal femenino en el que las mujeres de su perfil (clase media, media-alta con estudios muchas veces universitarios y afincadas en hermosos barrios residenciales) debían encajar para ser el modelo de madre, esposa y ama de casa que reclamaba la sociedad y la propia Administración norteamericana en ese momento⁴. Sus características identitarias eran: ser una buena esposa, madre perfecta y cuidadora intachable del hogar. La dedicación plena, exclusiva y de altísima calidad a la casa y la familia las alejaba de cualquier otra aspiración, profesional o personal, que no resultaba bien vista en ese momento. El éxito era llegar a ser una feliz ama de casa. Dedicación: “*sus labores*”.

Como explica la autora, “*cuando la mística se impuso, una nueva hornada de mujeres llegó a los barrios residenciales. Buscaban un santuario; estaban perfectamente dispuestas a aceptar la comunidad del barrio tal y como la encontraran y llenar sus días con la trivialidad de las tareas domésticas. Las mujeres de aquel tipo, y la mayoría de las que yo entrevisté, eran de la generación de estudiantes de college posterior a 1950 y se negaban a ocupar cargos políticos en la comunidad (...) Su resistencia a asumir responsabilidades serias en la comunidad suele explicarse con un “no puedo robarle tiempo a mi familia”. Pero gran parte del tiempo lo dedican a tareas rutinarias y sin sentido. El tipo de trabajo comunitario que eligen hacer no constituye ningún desafío para su inteligencia, ni cumple en ocasiones una verdadera función con él, pero llena su tiempo*”.

1. Un cambio de paradigma a partir de la postguerra

Lo más curioso es que la sociedad norteamericana de siglos precedentes había sido de las más avanzadas en la igualdad de la mujer en derechos y obligaciones.

Desde la llegada de los peregrinos, las pioneras que llegaron al Nuevo continente eran mujeres fuertes y capaces, como señala la propia Friedan, “*dirigían granjas y plantaciones de los asentamientos del Oeste. Aquellas mujeres eran personas*

³ A. Valcárcel, presentación de *La Mística de la feminidad*, novena edición, Ediciones Cátedra, 2020, p.11

⁴ Debemos destacar que Friedan en *La Mística de la Feminidad* se centró exclusivamente en las mujeres blancas de clase media con estudios, dejando de lado totalmente a las mujeres de color y otras minorías, así como a las mujeres de zonas marginales urbanas de Estados Unidos.

respetadas y que se respetaban a sí mismas pertenecientes a una sociedad cuyo propósito pionero se centraba en el hogar. Fuerza e independencia, responsabilidad y autoconfianza, autodisciplina y valentía, libertad e igualdad formaban parte del carácter tanto de hombres como de mujeres en todas las primeras generaciones”.

Los estudios universitarios les estuvieron permitidos ampliamente desde el siglo XIX y como señala, Alicia Itatí Palermo, en ese siglo, las mujeres norteamericanas se distinguían de otras por su estilo independiente: se caracterizaban por viajar, por formar clubes y asociaciones, por tener un rol importante en la lucha contra la esclavitud, por el acceso a la educación y su participación social y política. Tocqueville viajó en 1832 a Estados Unidos y se sorprendió ante la libertad de circulación y de conducta de las norteamericanas, a las que el Código de Louisiana reconoció precozmente el derecho al secreto de la correspondencia⁵. Por otra parte, a fines del siglo XVIII y a principios del XIX se produjo en el protestantismo norteamericano un movimiento llamado *revivalismo*, que otorgó un rol más importante a las mujeres al permitirles mayor autonomía e influencia⁶.

A partir de la revisión de los artículos publicados en cinco revistas femeninas, Friedan observó que en 1939 dominaba la imagen de una "*mujer aventurera, atractiva y autosuficiente que avanza hacia una visión o meta personal: ser una piloto, una geóloga, una redactora publicitaria*". "*Las heroínas -prosigue en su autobiografía- casi nunca eran amas de casa, aunque en 1949 la imagen se fue difuminando y solo una de cada tres heroínas era una mujer de carrera e inevitablemente la mostraban dispuesta a renunciar a todo por una carrera más satisfactoria como ama de casa*".

Todo esto finalizó en la postguerra, entonces las mujeres se sumergieron en una espiral de la que no había retorno: "*de casa al colegio, del colegio a la universidad y de la universidad a casa*"⁷. En 1959, el perfil inicial había desaparecido por completo: "*No*

⁵ A. Itatí Palermo, El acceso de las mujeres a la educación universitaria, *Revista Argentina de Sociología*, Año 12, Número 38, mayo agosto de 2005, UAEM, México.

⁶ El protestantismo marcado por los *revival* religiosos redundaron en una apertura para la participación y reconocimiento de la mujer e impulsaron un modelo de mujer que buscaba flexibilizar la idea patriarcal y favorecieron la modernización de la sociedad a través del impulso de instituciones, sobre todo educativas, que propiciaban la participación de las mujeres protestantes en la sociedad civil. Vid. al respecto, Norman Rubén Amestoy, Emancipación de la mujer, reformismo y revivalismo protestante en siglo XIX, *Cuadernos de Teología*, (Vol. 29), 2010.

⁷ En palabras de Amelia Varcárcel, presentación de la novena edición de *La mística de la feminidad*, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, 2020, p. 11.

encontré una sola heroína que tuviese una carrera, un compromiso con cualquier trabajo, arte, profesión o misión en el mundo, más allá de ocupación: ama de casa".

2. La fuga de cerebros femeninos de la universidad

A pesar de que Estados Unidos en 1964 tenía casi 2000 instituciones de enseñanza universitaria, entre *colleges* privados y universidades propiamente dichas, y que muchas de estas instituciones admitían a mujeres o eran exclusivamente femeninas, más de dos tercios de las mujeres en la universidad declaraban abiertamente que su objetivo era casarse y no ejercer la profesión relacionada con sus estudios universitarios.

Desde el final de la II Guerra Mundial, muchas adolescentes abandonaron absolutamente los estudios para casarse y tener hijos en busca de ese modelo ideal de mujer, como si eso fuera lo que se esperaba de ellas, lo mejor para su realización personal. Entre 1940 y 1957 los matrimonios entre adolescentes aumentaron en un 165%. Y en general, la primera razón para el abandono de los estudios era el matrimonio y convertirse en amas de casa a tiempo completo. En esta época, a diferencia de etapas previas, donde la media era 3 o 4 hijos, se produjo el denominado *baby-boom*, con familias ampliamente numerosas.

Los centros educativos fomentaban también esta imagen femenina. Y mientras en otros países, incluida España, el número de universitarias iba en progresivo aumento, en los Estados Unidos, en la década de los 40 y 50, experimentó un abandono masivo por parte del sexo femenino. Como señala la autora: *"A finales de la década de 1950, la edad media a la que las mujeres contraían matrimonio descendió hasta los 20 años y siguió bajando todavía más. Catorce millones de muchachas estaban prometidas ya a los 17 años de edad. La proporción de mujeres matriculadas en colleges en relación con la de hombres había disminuido desde el 47 por 100 de 1920 hasta el 35 por cien de 1958. Un siglo antes las mujeres habían luchado por poder acceder a la universidad; ahora las chicas acudían a los colleges para conseguir marido. A mediados de la década de 1950, el 60 por 100 de éstas abandonaban el college para casarse o porque temían que un exceso de formación académica pudiera constituir un obstáculo para casarse. Los colleges constituyeron residencias para estudiantes casados, pero quienes las ocupaban casi siempre eran los maridos. Las jóvenes estadounidenses comenzaron a casarse mientras estaban en el instituto".*

3. El papel de los medios y las empresas en la mística de la feminidad

Los medios de difusión, la televisión, cine y radio, colaboraron a extender la mística de la feminidad, exponiendo a las mujeres dedicadas a la vida intelectual o profesional, como masculinas, agresivas, infelices, fracasadas y relegadas a los márgenes de la sociedad; mientras que figuraban a las amas de casa como mujeres hermosas y felices, llenas de vida y alegría.

En una América en pleno crecimiento económico, los empresarios y el sector económico en general aprovecharon para acelerar y ampliar el consumismo destinado a las mujeres de este perfil. La última lavadora, batidora o cafetera era una condición sine qua non para ser la mejor esposa y madre y llenaría sus días de sentido. A las empresas, antes dedicadas a la industria armamentística, les interesaba ahora la venta de electrodomésticos, cuyas consumidoras eran principalmente este perfil de mujeres dedicadas en cuerpo y alma al hogar. En palabras de Friedan, *“el asunto que de verdad interesa en América es el negocio. Pero perpetuar la condición del ama de casa, el crecimiento de la mística de la feminidad, tiene sentido (e interés) si pensamos que las mujeres son las principales clientas de los negocios de Estados Unidos (...) Y ello se logra manipulando las emociones de las mujeres estadounidenses en beneficio de las necesidades de las empresas (...) existían fuertes fuerzas comerciales que alimentaban la mística de la feminidad para que las mujeres se convirtieran en grandes consumidoras”*⁸.

4. El feminismo de Betty Friedan frente al de Simone de Beauvoir.

En 1949, la filósofa francesa Simone de Beauvoir lanzó su manifiesto radical y de orientación marxista (publicado cuatro años más tarde en inglés como *The Second Sex*). Esta obra pionera se enfocó en el estatus de las mujeres en la economía y denunció como tortura el trabajo de éstas en casa, pues, de esta manera, la mujer quedaba excluida de la producción. Beauvoir, consideraba que la influencia de la sociedad, la cultura y la crianza eran las únicas responsables de las elecciones de las mujeres a favor de la maternidad y la familia. Con la expresión, *“mujer no naces, te haces”* despreciaba la influencia de la biología y negaba la existencia de lo que Ceriotti ha denominado recientemente como *“una huella psicológico materna ineludible”* que tenemos todas las mujeres por el hecho de que nuestro cuerpo esté preparado para traer vida al mundo, se convierta en acto o no⁹. Por ello, de Beauvoir caracterizó el estilo de vida del ama de

⁸ B. Friedan, *La mística de la feminidad*, capítulo 9, El camelo sexual, pp- 261-287.

⁹ Vid. al respecto, M. Ceriotti, *Erótica y materna, Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019.

casa como la "*reliquia de formas de vida muertas*" y la maternidad como la "*tiranía de la procreación*". También la autora francesa estaba fuertemente influenciada por diversas teorías marxistas y estructuralistas, como las proporcionadas por Friedrich Engels, quien predicó la unión de feminismo y marxismo y en cuyo libro "*El Origen de la Familia, Propiedad y el Estado*" (1884) señalaba: "*El primer antagonismo de clases de la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio monógamo, y la primera opresión de una clase por otra, con la del sexo femenino por el masculino*".

Sin embargo, cuando su libro se publicó en Estados Unidos, en 1953 (momento cúlpe de la Guerra Fría), Beauvoir resultaba demasiado radical para una sociedad estadounidense que rechazaba abiertamente el marxismo y necesitaba ofrecer un hogar acogedor a los veteranos de la II Guerra Mundial. De esta manera, la obra de Simone de Beauvoir no pudo alcanzar un público lector muy amplio, ni impactar a las mujeres que se encontraban en el seno de la corriente prevaleciente de lectoras femeninas en Estados Unidos.

A diferencia de Beauvoir, Friedan nunca pretendió la eliminación de la familia estructurada, ni asumió la maternidad como una esclavitud, ni identificó el feminismo con la lucha de clases; sino que, al contrario, era partidaria de una integración armónica de la vida familiar y laboral o profesional de las mujeres, entendiendo al hombre como compañero y reivindicando la ternura en el ámbito familiar. Friedan acompañaba sus propuestas pragmáticas de marco teórico y para interpretar la situación a la que se enfrentaban las mujeres reivindicaba la herencia de las feministas clásicas ilustradas sobre todo del ámbito anglosajón como Mary Wollstonecraft, las sufragistas y la Declaración de *Seneca Falls*¹⁰.

¹⁰ La Declaración de *Seneca Falls*, firmada en Nueva York en 1848, fue la primera Convención de los derechos de la mujer. Esta vindicación comenzó en las postrimerías de la guerra de la independencia y se consolidó con el movimiento para la liberación de los esclavos.

5. La educación de las mujeres como instrumento fundamental para la igualdad.

Friedan opinaba que, “tanto para las mujeres como para los hombres, la educación académica es y debe ser la matriz de la evolución humana. Si las mujeres estadounidenses de hoy día están por fin liberándose de la trampa del ama de casa en busca de una nueva identidad, es sencillamente porque tantas mujeres han tenido ocasión de probar la educación superior (...) la desesperada necesidad de educación de esta nación de las reservas sin explotar de la inteligencia femenina en todas las profesiones justifican medidas de emergencia”.

La demanda de educación ha sido una reivindicación constante en la historia del feminismo desde sus orígenes. Ya en el siglo XVIII, Mary Wollstonecraft, pionera del movimiento feminista en Reino Unido, que en 1792 publicó la *Vindicación de los derechos de la mujer*¹¹, un ensayo que se convertiría en una de las primeras obras feministas de la historia, destacaba la importancia de la educación como medio para lograr la igualdad real de las mujeres, dotándolas de autonomía y criterio propio.

En España, en la misma época, Josefa Amar que, durante los años de la Ilustración, llegó a ser reconocida por los intelectuales de la época por su sabiduría y erudición junto con su tesón y capacidad de trabajo, reivindicó para la mujer una educación que le permitiera ser útil y provechosa para la sociedad. En 1786 publicó su *Discurso en defensa del talento de las mujeres*.

Pero fue especialmente en la época del feminismo de equidad de finales del siglo XIX y comienzos del XX cuando la reivindicación de la educación de la mujer adquirió más fuerza¹². En concreto, en España, la preocupación por la educación de las mujeres fue una tónica constante entre las feministas españolas de esa época, convencidas de que la instrucción de las féminas en condiciones de igualdad con los varones era la única manera de luchar contra la esclavitud de las predisposiciones biológicas y sociales que

¹¹ Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, London 1792

¹² Sobre el concepto de feminismo “de equidad”, vid. al respecto la obra de Ch. Hoff Sommers, *Who Stole Feminism? How Women Have Betrayed Women*, ed. Simon & Schuster, 1994.

encadenaban a las mujeres entonces. Esta exigencia de formación de las niñas y jóvenes fue exigida con fuerza por Concepción Arenal que en 1892 publicó su obra, *La educación de la mujer*. Y tuvo su máxima representante a inicios del siglo XX en la figura magnífica de Emilia Pardo Bazán que, como Consejera de Instrucción Pública en 1910, (primera mujer catedrática en España en 1916) defendió el derecho de las mujeres a acceder a todas las formas y niveles de la educación y al ejercicio de profesiones liberales.

III. EL MALESTAR QUE NO TIENE NOMBRE

Tras entrevistar a una multiplicidad de mujeres de los barrios residenciales de Estados Unidos, Friedan tuvo una sensación: *“Paulatinamente llegué a darme cuenta de que existe algo equivocado en la manera en que las mujeres norteamericanas intentan vivir hoy día sus vidas (...) Las amas de casa que viven de acuerdo con la mística de la feminidad no tienen un propósito personal que se proyecte en el futuro”*; algo que les ocasionaba desazón, tristeza, insatisfacción creciente y sensación de vacío interior. *“Un malestar que no tenía nombre (,,) causado por la adaptación a una imagen que no les permite convertirse en lo que pueden ser”*.

Esta dedicación plena y absoluta al hogar y los niños sumergía a algunas mujeres en un bucle competitivo para ser más perfecta que las demás compañeras de vecindario y las anulaba como personas independientes. Sin ninguna posibilidad de aspiración personal profesional o intelectual, muchas de ellas comenzaron a experimentar un *“malestar que no tiene nombre”*, una sensación de vacío indescriptible que no eran capaces de compartir ni expresar porque les suponía reconocerse a sí mismas como fracasadas en su función de lograr una familia y un hogar perfectos.

A pesar de lo que los publicistas reflejaban, la vida de las amas de casa de clase media estadounidense no se parecía en nada a la existencia satisfactoria que mostraban los anuncios de electrodomésticos, maquillaje o detergentes. Las manifestaciones psíquicas más extremas de tal sensación eran, según Friedan, entre otras, ansiedad, alcoholismo, neurosis, depresión o incluso suicidio; incluyendo así mismo problemas matrimoniales y la visión de los hijos como una carga que soportar estoicamente. En este sentido, la autora aporta datos concretos de estudios y estadísticas que dejaban a los psicólogos sorprendidos por la infelicidad de estas mujeres a la que no sabían dar una causa exacta y por lo tanto incapaces de aportar una solución a la misma.

Un médico de Cleveland lo denominó el “*síndrome del ama de casa*” y el *New York Times* lo calificó como “*el ama de casa atrapada*”.

En contra de la posición de otro grupo de psicólogos que también trabajaron el tema, consideraba Friedan que el problema no era sexual, aunque pudiera generar patologías de ese tipo, sino que estaba relacionado con el desarrollo de la identidad personal de propio yo. Por otro lado, a través de estudios de campo descartó que estuviera vinculado a la clase social de las mujeres o a la formación y consideró que era un problema común a *todas* las mujeres estadounidenses y, en esa medida, su solución exigía una reacción de todas y cada una de ellas. “*El malestar ha permanecido enterrado, acallado, en las mentes de las mujeres estadounidenses, durante muchos años. Era una inquietud extraña. Una sensación de insatisfacción, un anhelo que las mujeres padecían mediado el siglo XX en Estados Unidos*”. Una postura exagerada y simplista que recuerda al actual feminismo radical que considera a *todas* las mujeres sin excepción como víctimas de un heteropatriarcado machista y trasnochado¹³.

Tal y cómo lo presenta Friedan -apunta Ángeles J. Perona en su trabajo sobre el feminismo liberal estadounidense- estas mujeres eran víctimas de lo que se denominaría la *heterodesignación*, es decir, una designación de su identidad que las mujeres no se habían dado a sí mismas sino que les venía ya elaborada e impuesta por otros, era aceptada con gusto por la mayoría de las mujeres dado que quienes rompían el estereotipo, señala Perona, se enfrentaban al rechazo social y a la culpa interior¹⁴. “*Aquello que nos hacía sentirnos culpables por cualquier cosa que hiciéramos, no en calidad de esposas de nuestros maridos ni madres de nuestros hijos, sino como nosotras mismas, como personas*”¹⁵.

Para Friedan, en la raíz de este sentimiento o malestar se encontraba una pérdida de identidad femenina, una falta de desarrollo de sus potencialidades más básicas. Una crisis de identidad que afectaba especialmente a un sector muy concreto de la población femenina: las mujeres blancas de clase media y media-alta con buen nivel educativo, algunas incluso con formación universitaria. Según la autora, “*todas*” estas mujeres se

¹³ Vid. al respecto Mary Eberstadt, *Gritos primigenios, Cómo la revolución sexual creó las políticas indentitarias*, ed. Rialp, 2020.

¹⁴ A. Jiménez Perona, *El feminismo liberal estadounidense de posguerra. Betty Friedan y la refundación del feminismo liberal*, Teoría feminista, coord. por Ana de Miguel Álvarez, Celia Amorós Puente, Vol. 2, 2005 (Del feminismo liberal a la posmodernidad).

¹⁵ B. Friedan, introducción a la edición del décimo aniversario de *La mística de la feminidad*, 1973.

parecían en un aspecto: *“todas tenían en común una inteligencia y unas facultades poco habituales, alimentadas por, al menos, los inicios de una educación superior y la vida que estaban llevando como amas de casa de barrio residencial les negaba la plena utilización de su capacidad. Fue en aquellas mujeres en las que primero empecé a observar los signos reveladores del malestar que no tiene nombre; sus voces eran apagadas y planas, o nerviosas y alteradas; estaban apáticas y aburridas o frenéticamente atareadas con la casa o la comunidad. Hablaban de realizarse desde la perspectiva de la esposa-y-madre de la mística, pero ansiaban desesperadamente poder hablar de ese otro malestar con el que daban la sensación de estar verdaderamente familiarizadas”*.

Para Friedan, *“la frustración de las capacidades individuales podría conducir a la neurosis. Su ansiedad la pueden mitigar la terapia o tranquilizar las pastillas, y puede evadirse de ella temporalmente afanándose en el trabajo (en el hogar). Pero su malestar, su desesperación, es sin embargo un aviso de que su existencia humana está en peligro, aunque haya encontrado la plenitud, de acuerdo con los principios de la mística de la feminidad, como esposa y como madre”*.

1. El origen del malestar que no tiene nombre. Mujeres anuladas. La madre solo madre, demasiado madre, madre al 100%.

Tras sumergirse en estudios de psicólogos, pediatras, y otros científicos de la época, Friedan llega a la conclusión de que la causa del malestar indescriptible que experimentaban las mujeres de los barrios residenciales no era en sí misma la dedicación a la familia y el hogar, sino su pérdida de identidad al vivir la vida de sus hijos en lugar de la propia. Al fin y al cabo, Friedan era psicóloga y acertó al diagnosticar la búsqueda de la “maternidad perfecta” como una declinación, a veces patológica, con serios efectos secundarios sobre la salud mental de las mujeres.

Las mujeres descritas por Friedan en su obra, fueron mujeres que se anularon a sí mismas, dándolo todo en la crianza y educación de la prole. Se perdieron en sus propios hijos, dejaron de vivir su vida para vivir la vida de sus hijos. Esto fue un error con efectos psíquicos serios. Mujeres que pensaban sinceramente que sus hijos se verían trágicamente privados de algo esencial si no estaban ellas ahí presentes y atentas en cada minuto. Este fue el verdadero problema. No la dedicación a la familia, sino la dedicación que aliena, obsesiona y anula a la mujer. La dedicación de la mujer que no se

respeto a sí misma, que no deja tiempo para la esposa, la mujer, la profesional, la persona.

La búsqueda de la maternidad “perfecta” se convirtió en una obsesión para toda una generación. Este fenómeno fue percibido por algunos pediatras que advirtieron de las nefastas consecuencias de una madre perfecta sobre los vástagos. Las madres que vivían la vida de sus hijos, “*sin intereses más allá del hogar, la familia y su propia belleza*”, se esclavizaban a sí mismas al convertir a los hijos en la razón de su existencia. Madres que como señaló Friedan, “*dedicaban demasiado su vida a sus hijos, y tenían que conseguir que sus hijos siguieran siendo bebés pues de lo contrario su propia vida carecería de sentido, madres que a su vez nunca alcanzaron o nunca se animó a que alcanzaran la madurez*”.

Para estas mujeres, dedicadas en cuerpo y alma a sus vástagos, la verdadera angustia llegaba, cuando los hijos volaban del nido y abandonaban el hogar (normalmente para ir a la Universidad); entonces su vida perdía gran parte de su sentido sin nadie a quien cuidar en casa. Una de las madres entrevistadas por Friedan afirmaba al respecto: “*Daría ambos brazos porque mis hijos volverían a ser pequeños y tenerlos en casa*”. Otra expresaba: “*Me siento en cierto modo tan vacía, tan inútil, como si no existiera*”. “*A veces siento como si el mundo pasara de largo delante de mi puerta mientras yo estoy sentada mirando*”.

Como señala Poli, la mentalidad maternal femenina contiene en sí el germen de su peligrosidad pues tiende a deslizarse por la peligrosa pendiente de la anulación personal. Una dedicación excesiva a los hijos puede acabar por destruirla aprovechándose de su natural bondad y disponibilidad¹⁶. Cuando la madre se pierde en sus propios hijos, vive solo para ellos, les dedica plenamente su vida, degrada el amor materno y «*la maternidad da paso a un instinto devorador, recíproco por lo general, entre madre e hijo: la madre absorbe al hijo que a su vez absorbe a la madre*» que puede acabar siendo «engullida» y explotada de por vida por unos hijos que tienden a aprovecharse de su natural disponibilidad¹⁷.

Insisten los psicólogos también actualmente que la madre debe ser «no-toda-madre»; no madre al cien por cien. Los hijos no deben ser la razón única de su vida. La mirada de la madre no debe concentrarse en sentido único en la existencia del hijo, debe dejar

¹⁶ O. Poli, *Madres demasiado madres*, ed. Rialp, 2011, p.95.

¹⁷ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, pp. 121-122.

espacio y tiempo también a su propio desarrollo personal, como mujer. El hecho de que en la madre aparezca «la mujer» es la salvación, tanto para el niño, como para la propia madre. En este sentido, el padre puede ayudar a reconducir a la madre a su posición de «mujer» anulando un crecimiento desmesurado y excesivo de su dimensión materna capaz de ahogar su autodesarrollo como fémina. Pues, como considera Fornari, siguiendo a Lacan, «*cuando el código materno tiende a perdurar más allá del periodo en el que resulta funcional, pone en grave peligro la feminidad*»¹⁸.

La mujer, una vez que ha sido madre, para lograr el equilibrio debe aprender a guardar la medida adecuada de su parte «erótica», es decir, de su ser mujer, sin permitir que quede anulado o devorado por su lado maternal. Se trata de aquella madre que no es toda y solo madre, en beneficio no únicamente de ella misma y de su propio crecimiento personal, sino en claro provecho de sus hijos y de su pareja. Este modelo de mujer será más libre y dará más libertad y autonomía a sus propios hijos: «*Lo erótico y lo maternal, el amor de sí y el amor al otro, son dos componentes inescindibles de la condición femenina (...) ambos deben encontrar un equilibrio y una integración mutuas*»¹⁹.

Toda madre debe aprender a «abandonar» a su hijo en algún momento, hacerle el regalo de su propia ausencia, para así favorecer el crecimiento autónomo del niño y, simultáneamente, su propio crecimiento personal como mujer en otros ámbitos ajenos al estrictamente maternal; incluyendo la propia relación de pareja con el padre que saldrá sin duda beneficiada y enriquecida.

Sin embargo, las madres descritas por Friedan, consideraban que los hijos eran «la razón de su existencia», se anularon como mujeres y renunciaron por propia iniciativa a su desarrollo personal en otros ámbitos. Se trata de una versión patológica del amor, en la que la «mujer» es devorada por la «madre» que, a su vez, devora al hijo (este queda obligado a una tarea que no le corresponde y para la que no está preparado: dar sentido a la vida de su madre). Se produce una esclavitud bidireccional: de la madre hacia el hijo y de este hacia la madre que encierra a ambos en un vínculo sin aire.

2. La madre “suficientemente buena”.

La crianza y educación de los hijos se convirtió en aquel tiempo en algo obsesivo para las madres. Educar se transformó en una tarea agotadora en la que la mujer no se

¹⁸ Citado por M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p. 120.

¹⁹ M. Cerotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019.

permitía ningún error, experimentando sensaciones de fracaso y dolor cuando las expectativas no eran cumplidas. Por eso, pediatras de la época, como Donald Winnicott en Reino Unido, llegó a afirmar que una madre perfecta no era una buena madre en la medida en que transformaba su instinto de donación en posesión y no era capaz de regalar el desapego al hijo que necesitaba de cierta distancia para adquirir su autonomía e independencia.

Este pediatra, intentando sofocar la obsesión de estas mujeres, advirtió que bastaba con ser una madre “*suficientemente buena*”²⁰; una madre que atiende con afecto al hijo en sus necesidades pero que no vive por y para él convirtiéndole en un ser débil y dependiente.

En su práctica médica privada notó que las mujeres de más bajos recursos, que no tenían la posibilidad de dedicarse en cuerpo y alma a su prole, seguían sus instintos a la hora de criar a sus hijos, y éstos eran más independientes y felices que aquellos que crecían bajo la constante y rígida atención materna. Su teoría era que fallar y estar en cierta medida ausente era una parte necesaria en la crianza del hijo, ya que, de esta forma, el niño aprende sobre la realidad de un mundo imperfecto. Si eres perfecta tu hijo no experimenta la imperfección y no tiene que realizar sus propias adaptaciones a tus imperfecciones, que podrían fortalecer su desarrollo. Es lo que hoy en día el pediatra Aldo Naouri denomina la madre “*correctamente maternizante*”²¹.

Distintas investigaciones de la época, citadas por Friedan²², demostraban asimismo que aquellas madres que trabajaban fuera del hogar además de criar a sus criaturas, tenían hijos más equilibrados, menos dependientes: “*Otros estudios ponían de manifiesto que los hijos de madres trabajadoras tenían menos probabilidad de ser o bien extremadamente agresivos o bien extremadamente inhibidos, menor probabilidad de tener malos resultados escolares o de carecer de la percepción de su propia valía que los hijos de amas de casa, y que las madres que trabajaban tenían mayor probabilidad que las amas de casa de declararse encantadas de haberse quedado embarazadas y*

²⁰ D. Winnicott, (1957) *Conozca a su niño. Psicología de las primeras relaciones*, Barcelona: Paidós, 1970; (1957) *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires: Lumen, 1993; (1958) *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona: Paidós, 1998; (1965) *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé, 1995; (1965) *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* Barcelona: Paidós, 1992.

²¹ En este sentido, señala A. Naouri, que “*la convicción de haber sido amado por una madre correctamente maternizante confiere durante toda la vida, tanto a un hombre como a una mujer, un sentimiento de seguridad*”, en su libro: *Hijas y madres*, ed. Tusquets, 1999, p.75.

²² L.M. Stolz, Effects of maternal employment on children: evidence from research, *Child Development*, vol. 3, n.4, 1960, pp.749-782.

menos posibilidad de vivir conflictivamente su rol de madre. También había al parecer una relación más próxima y positiva con las criaturas entre las madres trabajadoras satisfechas con su trabajo que entre las madres amas de casa”.

En la misma línea, Friedan señala cómo el Dr. Spock, con una inmensa influencia en la sociedad norteamericana de la época, reconoció que los niños cuyas madres tenían un propósito de vida más allá de la maternidad, parecían en cierta medida más estables, adaptados y maduros, que los niños cuyas madres a tiempo completo no hacían más que preocuparse por ellos. Aquellas madres parecían más seguras de sí mismas²³.

También cita al Dr. David Levy, quien, en un famoso estudio acerca de la sobreprotección maternal, analizó con exhaustivo detalle el caso de veinte madres que habían causado un serio perjuicio a sus hijos, hasta un grado patológico, debido a la “*infantilización, indulgencia y sobreprotección*” a la que les habían sometido. Levy mantenía que la sobreprotección maternal producía una patología en el niño cuando la madre tenía bloqueado el acceso a otros canales de expresión²⁴.

Asimismo, el Dr. Green, sociólogo, observó que aquellos niños de madres que por las circunstancias no podían dedicarles todo su tiempo (por ejemplo, las mujeres inmigrantes polacas) eran más libres, llegando a la conclusión de que era la ausencia del omnipresente amor materno la que explicaba por qué estos niños no sufrían los síntomas neuróticos que solían hallarse con frecuencia en las criaturas de clase media donde las madres se dedicaban solo al hogar. Green sostuvo que lo que provocaba la neurosis infantil era el proceso de “*absorción de la personalidad*” que las madres de clase media de barrios residenciales llevaban a cabo sobre sus hijos y que generaba una ciega dependencia de la madre; una “*absorción del yo independiente de la criatura*” que generaba una excesiva y enfermiza necesidad de amor: “*Las necesidades de amor que tienen las niñas y niños se experimentan precisamente porque han sido condicionadas para necesitar ese amor (...) condicionadas a una ciega dependencia emocional (...) En la raíz de las neurosis modernas más características se halla, no la necesidad de amor materno, sino la constante amenaza a perderlo después de que la criatura se haya visto condicionada a necesitarlo. En la medida en que la personalidad de la criatura ha sido absorbida, este tipo de trato acabará sumiéndola en el pánico*”²⁵.

²³ B. Spock, Russian children don't whine, Spabble or Break Things-Why?, *Ladies' Home Journal*, octubre 1960.

²⁴ D. Levy, *Maternal overprotection*, Nueva York, 1943.

²⁵ A. W. Green, The middle class male children and neurosis, *American Sociological Review*, vol II, n. 1, 1946.

3. La mística de la feminidad, la mística de la perfección.

Es comprensible que una mujer que pretende lograr un hogar y una familia perfecta acabe neurótica, con ansiedad e infeliz. Uno de los presupuestos esenciales para nuestra paz interior, y por lo tanto la de nuestra familia, consiste en asumir con tranquilidad nuestra propia imperfección y la de los miembros de nuestro entorno familiar. En la familia es donde somos aceptados no “a pesar de nuestras imperfecciones” sino precisamente por nuestras imperfecciones. Para conocernos a nosotras mismas debemos comenzar por aceptar una “*percepción serena de la normalidad de la imperfección*”, de nosotras como madres, pero también de nuestros hijos²⁶; una imperfección razonable o sensata, es la normalidad que debemos asumir gozosamente. La familia no tiene nada de ideal, la familia perfecta no existe. Somos seres finitos y limitados; la madurez consiste precisamente en ser conscientes de este principio y aceptarlo. Asumiendo una serena percepción de nuestra imperfección en ambos ámbitos -laboral y profesional- podremos relajarnos y ser, no solo más felices, sino incluso más eficaces.

IV. LOS HIJOS DE LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD. ENTRE EL INFANTILISMO Y LA PATOLOGÍA.

El peligroso efecto de la sobrerrepresentación materna en la vida de estos niños era, en palabras de Friedan, “*un tipo de infantilismo que hace que las hijas e hijos de las madres-amas de casa no aguanten el esfuerzo, la resistencia al dolor y a la frustración y la disciplina que se requiere para competir en el campo de béisbol o para ingresar en un college (...) ¿Qué significa esta emergencia actual, tanto en los muchachos como en las muchachas estadounidenses, de una personalidad detenida en el nivel de la fantasía y la pasividad infantiles? Los chicos y las chicas en los que la identifiqué eran hijos e hijas de madres que vivían encerradas en los límites de la mística de la feminidad (...) preocupadas por sus hijos e hijas, que aparentemente eran su principal y único interés (...) Al carecer de intereses serios fuera del hogar y con unas tareas domésticas convertidas en rutinas por los electrodomésticos, las mujeres podían dedicarse casi exclusivamente a adorar a la criatura desde la cuna hasta el jardín de infancia (...) para muchas la relación con sus hijos se convirtió en una historia de amor o en un tipo*

²⁶ M. Ceriotti, *La familia imperfecta. Cómo convertir los problemas en retos*, ed. Rialp, 2019, p.29

de simbiosis (...) esa relación simbiótica con la madre, impide que los niños se conviertan en seres individuales”.

Estos niños, al no experimentar la carencia, vivían instalados en el limbo de lo irreal, encerrados en una cárcel invisible de inmadurez psicológica; “lactantes psíquicos” incapaces de asumir ninguna responsabilidad.

1. La simbiosis que mata las identidades

Las madres que describe Friedan, que hacían de sus hijos el centro de su vida, sufrían una fuerte despersonalización. Pero las consecuencias para los hijos de una atención desmesurada y excesiva eran asimismo altamente negativas. Friedan expone los estudios de expertos de su época en los que, como señala, *“los psicólogos infantiles analizan la existencia de una simbiosis psicológica o emocional entre la madre y la criatura en la que el amor materno ocupa el lugar del líquido amniótico que rodeaba y alimentaba permanentemente al feto en el útero. Esta simbiosis emocional alimenta la psique de la criatura hasta que está dispuesta a nacer psicológicamente por así decirlo”.*

La simbiosis de la que habla Friedan entre madre e hijo no es un fenómeno único de aquella época. Actualmente, es un hecho denunciado por un gran sector del psicoanálisis que se refiere a estas circunstancias de simbiosis madre/hijo, como algo *“sofocante y antivital”*²⁷. La madre se convierte en la prisión de sus propios hijos: *«La madre asfixiante, la madre que no respeta la distancia simbólica necesaria en la relación con su hijo, absorbe al hijo en ella misma dejándose absorber íntegramente por el hijo (...) en una simbiosis mortífera»*²⁸.

La enorme fuerza del vínculo materno-filial presenta riesgos. Las mujeres corremos el peligro de transformar con suma facilidad el instinto de donación que nos caracteriza, en instinto de posesión y de exclusión, y convertir la solicitud en un control exhaustivo y agotador; creando entre la madre y el hijo un *“continuum psicofísico espacial, que da forma a una relación de pertenencia e influencia mutuas”*²⁹.

Liberar al hijo, dejarle ir, favorecer el desapego, regalarle la ausencia era una tarea prácticamente imposible para muchas mujeres de los barrios residenciales de Estados

²⁷ C. Risé, *El padre. El ausente inaceptable*, ed. Tutor, Psicología, 2006, p.21.

²⁸ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, pp. 122 y 125.

²⁹ M. Cerotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p. 65.

Unidos que no tenían otra ocupación y que encontraban en el hijo a quien podía amarlas, admirarlas y hacer que se sintieran indispensables. Estas madres acababan vinculando al hijo a sí mismas, haciendo que se sintiera amado y sutilmente culpable cada vez que se distanciaba emotivamente de ellas.

Los psicólogos en la actualidad también alertan de este fenómeno que puede provocar parejas madre-hijo de una intensidad increíble, casi indisolubles, porque el hijo acaba viviendo su necesidad de desvinculación y crecimiento autónomo como una traición culpable a la persona que más le ama³⁰.

La madre, especialmente en ausencia de padre o cuando éste no es significativo, puede desarrollar, en palabras de Aldo Naouri, un “*amor caníbal*”, capaz de “devorar” a sus hijos por amor; no se desvincula de ellos, lo que no permite que éstos adquieran su propia identidad como sujetos independientes y se sientan siempre como una prolongación de la madre.

Actualmente, a diferencia de las familias estructuradas de los años 50 a las que hace referencia Friedan, estos supuestos se dan especialmente cuando no hay padre³¹.

Cuando la función paterna no existe, la madre puede crear con el hijo una relación de pareja que se repliega sobre sí misma, un universo cerrado, una insana mutua interdependencia que perjudica el equilibrio psíquico de ambos. En estas circunstancias, “*el hijo no es más que un pedazo de la madre y el padre no es nada*”³². Esta ilusión (de ser pareja), que Lacan define como “*perversión primaria*”, es, como señala Recalcati, profundamente incestuosa porque borra la diferencia y la alteridad entre ambos³³.

En este contexto, la relación madre-hijo es una relación de fusión, un binomio que la propia madre debe ayudar a romper designando al padre frente al niño e introduciéndolo ante él. El hijo no tiene autonomía, no tiene independencia, es un apéndice de la madre. Se produce una simbiosis total que anula las respectivas identidades. La madre aprisiona al hijo que se convierte en su “pareja”, su paño de lágrimas, su confidente que quedará sometido al insoportable peso y responsabilidad de “dar sentido” a la vida de su madre. Versión patológica del amor que solo genera esclavitud; una pareja cerrada, hipnótica,

³⁰ M. Ceriotti, *Erótica y materna. Viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p.68-69.

³¹ Tengamos en cuenta que actualmente en España la familia que más está creciendo es la constituida por madre e hijos en soledad (familia denominada *monomarental*). Y en países como Suecia, Finlandia o Francia, constituye ya el tipo de familia mayoritaria.

³² E. Sullerot, *El nuevo padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*, ed. Palabra, 1993, p.221.

³³ M. Recalcati, *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época de la hipermodernidad*, ed. Xoroi Edicions, 2015, p.47

fusional³⁴. Algo para lo que el niño no está preparado. Para evitarlo, es necesario que la madre sepa *“renunciar al tinte erótico de la relación con el hijo varón, si se le quiere proteger del riesgo seductivo y dejarle plenamente libre”*³⁵.

2. El secuestro arbitrario del hijo. Hijos débiles y dependientes

Los hijos educados siendo el centro de la vida de sus madres también sufren las consecuencias de este exceso de amor materno mal entendido. Friedan se apoya para tal afirmación en los estudios de diversidad de científicos y profesionales de prestigio de aquella época. El psiquiatra Edward Strecker, ya había señalado en su libro *Their Mother's Sons* (1946), el terrible efecto que la dependencia materna generaba en los descendientes varones que *“carecían de la suficiente madurez para enfrentarse a la vida, para convivir con otras personas, para pensar y valerse por sí mismos”*. Eternos bebés incapacitados para ser hombres. Y se refería a estas mujeres con las siguientes palabras: *“La madre ella misma inmadura, engendra inmadurez en sus hijos y éstos se ven totalmente condenados a unas vidas de insuficiencia e infelicidad tanto a nivel personal como social (...) Estas mamás son mujeres cuyo comportamiento maternal viene motivado por la búsqueda de una recompensa emocional a los golpes que la vida le ha dado a su propio ego. En su relación con los hijos, cada acto, prácticamente cada respiración están diseñados de manera inconsciente única y exclusivamente para absorber a sus hijos desde el punto de vista emocional y para atarlos a ella con firmeza (...) Lo más probable es que la mamá sea dulce, abnegada y que adore a sus hijos (...) nunca deja de preocuparse y no se ahorra ningún esfuerzo (...) Todo absolutamente todo, lo piensa por ellos (...) Esta dominación resulta a veces dura y arbitraria, pero es casi siempre suave, persuasiva y en cierto modo artera (...) Cualquiera cosa que los niños necesiten o quieran, mamá se la dará. Es el hogar perfecto (...) Incapaz de encontrar un remanso de paz comparable en el mundo exterior, es bastante probable que uno o más individuos de la prole regresen al feliz hogar, como si fuera el útero materno”*³⁶.

Una de las muchas madres entrevistadas por Friedan afirmaba lo siguiente;

³⁴ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseos, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p. 122-123.

³⁵ M. Cerotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p.38.

³⁶ E. Strecker, *Their Mother's Sons*, Filadelfia, Nueva York, 1946, pp. 31-59.

“No podía soportar obligarles a hacer lo que no quisieran hacer, ni siquiera a tomar medicamentos cuando estaban enfermos. No podía soportar que se sintieran desgraciados o se pelearan o enfadaran conmigo. Siempre me mostraba comprensiva, paciente. Me sentía culpable cuando los dejaba, aunque fuera sólo una tarde. Me preocupaba de cada página de sus tareas; siempre estaba concentrada en ser una buena madre (...) Creía que tenía que estar allí todas las tardes cuando llegaran a casa de vuelta del colegio. Leía todos los libros que les mandaban en el colegio para poder ayudarles con sus deberes”.

Estos excesos maternos que tienen como fin dar a los hijos la «mejor vida» posible acaban construyendo personalidades débiles y dependientes, pasivas, inmaduras y vulnerables, a veces cargadas de ira o hundidas en la depresión. En estos casos la madre, en una manifestación de amor malentendido, es incapaz de imponerle el límite, la frustración; está impedida para hacerle el regalo del “no”. Este niño, no sometido a la frustración y al que su madre satisface hasta el extremo sin descanso, desconoce la carencia (que nos hace percibirnos como seres vivos). Se le da todo, aún antes de pedirlo, la madre prolonga sobre el hijo los mecanismos biológicos intrauterinos en los que les hemos hecho adictos al placer e insaciables (*“el no-tiempo uterino promueve la satisfacción inmediata del menor de los deseos”*³⁷).

En estas circunstancias, como señala Friedan, *“las madres habían estado engañando a sus hijos e hijas, deteniendo su propio crecimiento mental”*.

Cuando la relación de la madre con el hijo es una relación excesivamente intensa e íntima, cuando la madre se pierde en sus propios hijos, vive solo para ellos, les dedica plenamente su vida, degrada el amor materno y, como señala Recalcati, *“la maternidad da paso a un instinto devorador, recíproco por lo general, entre madre e hijo: la madre absorbe al hijo que a su vez absorbe a la madre”*³⁸. La dación de amor de las madres, el instinto amoroso materno, puede volverse en nuestra contra pues un amor ilimitado puede asfixiar a los hijos. En una desviación de la maternidad, la madre se transforma de generadora de vida en «trampa mortal»³⁹. La madre teje alrededor de los hijos un «útero virtual» con el fin, consciente o no, de mantenerlo indefinidamente en su

³⁷ A. Naouri, *Hijas y madres*, ed. Tusquets, 1999.

³⁸ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, pp.121-122.

³⁹ Ídem. p. 65.

interior⁴⁰. En estas circunstancias de simbiosis madre/hijo, al padre correspondería dotar al hijo de libertad frente a la posesión obsesiva de la madre.

Además, vivir por y para los hijos, especialmente si son varones, puede tener nefastas consecuencias en la personalidad de aquellos a largo plazo, pues las dinámicas afectivas aprendidas en el trato con la madre se repiten luego inconscientemente en todas las relaciones afectivas. Y el niño consentido tendrá el deseo de tiranizar el resto de sus relaciones y de que su novia viva para él y haga todo lo que él le diga, como sucedió con su madre en un régimen de semi esclavitud machista y trasnochada intolerable. De este modo, se les incapacita para amar en plenitud⁴¹. En este sentido, recuerda Françoise Dolto, que *“el hijo no debe ser colocado en el centro sino en la periferia, a fin de que pueda contemplar el mundo del adulto: sin ese carácter periférico, nunca tendrá ganas de crecer, y prefiriendo su posición como ombligo del mundo bajo las faldas de su madre, le será difícil volverse hacia fuera, a otra mujer, a otro tiempo”*⁴².

La madre ama con tal potencia al hijo que lo aniquila como ser independiente, se genera un universo cerrado, un vínculo sin aire, una relación sofocante, versión patológica del amor; todo gira en torno a él. Sin separación no hay crecimiento posible. Se produce una insana mutua interdependencia, pues el seno materno es acogedor, pero al mismo tiempo profundamente limitativo; la relación con la madre es esencial, en especial durante el primer septenio de vida de la criatura, pero no puede ser exclusiva y excluyente. Los hijos deben ser paridos biológicamente pero también psicológicamente por las madres; no pueden permanecer instalados de forma permanente en nuestra mente.

3. La solución: practicar el desapego. El regalo de la ausencia.

Ante esta problemática, real y constatada científicamente, Friedan no concede ni expone ningún tipo de solución. Sin embargo, los expertos actuales advierten de que la mujer no debe perderse en sus propios hijos, vivir solo para ellos, dedicarles plenamente su vida. Este era el error que Friedan constató en las mujeres que entrevistó.

Como afirma Risé: *“Es necesario que esta unión vital (madre-hijo) continúe todavía un largo tiempo y del modo más completo posible: plenamente, hasta los 3 años; menos completamente, hasta los 5; reduciéndose después más, hasta los 7 años. Durante este*

⁴⁰ A. Naouri, *Educación a nuestros hijos, una tarea urgente*, ed. Taurus, 2008, p. 132.

⁴¹ O. Poli, *Madres demasiado madres*, ed. Rialp, 2011, p.41.

⁴² Citado por F. Hadjadj, *¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas)*, ed. Nuevoinicio, 2015, pp.41-42.

primer septenio, la aportación de la madre a la existencia y a la propia formación psicológica del niño es decisiva”⁴³. Pero, la posición simbiótica madre-hijo, tan necesaria en las primeras etapas de la vida del niño, para hacer bien su función, también debe ser transitoria y no totalizadora. Así como se construye de forma progresiva, también debe disolverse progresivamente, para dejar que el hijo crezca y dé vida a su propia forma de ser, libre, autónoma e independiente. Como afirman los expertos, en la relación madre-hijo se abre, desde el primer momento, el desafío de lograr “*la justa distancia emotiva y física (...) vigilarla continuamente y redefinirla en función del momento evolutivo del hijo*”⁴⁴, para evitar que el amor delicado y generoso de la madre se transforme en una forma implícita de apropiación y control.

La mujer que ha sido madre, para ser libre debe experimentar el “desapego” de los hijos. Estos no pueden ser “la razón de nuestra existencia”. Los hijos vienen para irse, para ser autónomos, para independizarse y desarrollar su propio proyecto vital en función de su libre albedrío. No pueden ser cautivos de nuestros sueños, necesidades, frustraciones o vacíos existenciales.

Toda madre debe conceder a los hijos el regalo de su ausencia, dejarlos volar, no retenerlos en su propia órbita. Esto no es expresión de amor, sino una actitud egoísta y contraproducente para el niño y sus exigencias legítimas de autonomía e independencia y para la propia madre que queda esclavizada de por vida. Tenemos el deber de preparar a los hijos para una vida que no va a ser en la mayoría del tiempo acompañada por nosotras. La vida nos confía criaturas preciosas para que nosotros, en la medida que sepamos y podamos, transmitiendo valores y criterios, les ayudemos a desarrollar en plenitud sus propios dones para que puedan invertirlos en el mundo.

La relación madre/hijo debe ser transitoria y no «totalizadora». En todas las culturas, la separación del hijo de la madre es un hecho esencial, un momento decisivo, no solo para la vida del hijo y de la propia madre, sino para la entera sociedad. Desde el punto de vista emotivo, la madre tiene un papel muy difícil. En cierto sentido muchas madres lo perciben como antinatural: debe estimular poco a poco el alejamiento de sí misma, y favorecer la desvinculación afectiva del hijo hacia ella sin inducir sentimientos de culpa

⁴³ C. Risé, *El padre. El ausente inaceptable* (cap. I), ed. Enfasis, 2006.

⁴⁴ M. Ceriotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p. 67 y 68.

por este “abandono”⁴⁵; pues en la vivencia materna, la tendencia al sentimiento de culpa es estructural y posee un poder casi irresistible⁴⁶.

El desapego permite a los hijos madurar, completar su crecimiento, y a la madre salir de un rol fijo y a veces abrumador para recuperar y fecundar otros espacios propios en su vida como mujer. Cuando lo logremos, seremos libres para desarrollarnos como mujeres; no solo como madres. Sin remordimientos de conciencia y conscientes de que somos imperfectas; cometemos errores y siempre será necesario recomenzar. En este sentido, tener una actividad externa a la familia (trabajo, voluntariado, hobby) nos ayudará al desapego.

Es muy liberador saber, como señalan algunos psiquiatras y psicólogos infantiles, que en la formación de los hijos nuestro papel no es tan decisivo como pensamos. No somos los dueños de su destino. Ellos, a partir de cierta edad, son responsables de sus actos y tienen el poder de decidir por sí mismos. Es lo que denomina Poli “*el principio de responsabilidad limitada*” que nos ayudará a no angustiarnos y tener mayor serenidad⁴⁷.

El equilibrio de toda madre debe encontrarse entre la entrega amorosa hacia su hijo y la disponibilidad y apertura a perderlo, a dejarlo ir cuando sea el momento oportuno. Este es uno de los mayores regalos de la maternidad: dejar que el hijo emprenda su propio vuelo. Esta es, de hecho, la mayor prueba que le espera a toda madre, dejar marchar a su hijo después de haberlo engendrado y atendido: “*regalarle la libertad como señal de amor (...) dar a luz un hijo (...) supone ya desde el principio perderlo, reconocerlo como pura trascendencia, generarlo como una alteridad*”⁴⁸.

4. El papel del padre en el desapego. La “liberación” del hijo y de la madre

Friedan no concede al padre la importancia que le corresponde en el proceso de crecimiento autónomo e independiente de los hijos. De hecho, es una figura prácticamente ignorada en toda la obra (respetada, pero ignorada). Si bien es cierto que la autora no ataca a los hombres, ni a los padres (como hacían las feministas radicales de la misma época), sin embargo, no les presta la atención que merecen, tanto en

⁴⁵ M. Ceriotti, *La familia imperfecta. Cómo transformar los problemas en retos*, ed. Rialp, 2019, pp. 57-94.

⁴⁶ O. Poli, *Madres demasiado madres*, ed. Rialp, 2011, p.106.

⁴⁷ Idem. p.39.

⁴⁸ Idem. pp. 92 y 33.

relación con la autonomía de los hijos, como en lo relativo a la necesaria y justa independencia femenina.

Cuando la madre no es capaz de liberar al hijo de sí misma en la justa medida, corresponde al padre, con una presencia real y afectuosa, reconducir la relación a sus justos términos por el bien de ambos. La entrada del padre en esa unidad abre al hijo a la necesaria relación con el mundo que le va a permitir desarrollarse como persona de forma plena fuera del influjo del regazo materno.

En estas circunstancias, es misión del padre «salvar» a la madre y al hijo del peligro de la simbiosis que elimina la alteridad de ambos; especialmente aquellas madres demasiado ansiosas o preocupadas por su hijo que le transmiten una percepción del mundo como un lugar plagado de peligros y, en consecuencia, la idea de que solo estará a salvo en el regazo materno.

En este contexto, el padre si ejerce su papel de «separador» permite al niño diferenciarse de la madre y avanzar en su evolución hacia el estado psicológico de adulto. El padre es quien permite enfrentar la realidad y la separación o insertar entre la madre y el hijo un espacio que libera de la inmediatez y la fusión con los seres y las cosas. Como señala Recalcati: “*La función paterna tiene como primera tarea prohibir lo que, sin embargo, el Edipo de Sófocles lleva a cabo: la unión incestuosa con la madre. Un padre, parece decirnos Freud, es aquel que sabe hacer valer la ley de la interdicción del incesto facilitando el proceso de separación del hijo respecto de sus orígenes*”⁴⁹.

El padre representa la *libertad*, tanto para el hijo como para la madre. Una función paterna, que se cumple de diferentes maneras a lo largo de la vida, es la de dejar ir a los hijos, empujarles al mundo tras haberles provisto de información y haberles entrenado en el uso de las herramientas propias de ellos. La madre tiende a retener y es el padre quien, con amor, presencia y asertividad, puede cortar amorosamente ese cordón umbilical invisible que une a madre e hijo.

El padre libera al hijo de la excesiva dominación de su madre y le permite sentirse como un ser pleno y autónomo, lo que le ayudará a su vez a madurar. Concede libertad a sus hijos para tener sus propias experiencias, incluyendo riesgos, fracasos y sufrimientos; lo que sin duda ayuda al hijo a percibir sus propias limitaciones y le fortalece. Desafía los

⁴⁹ M. Recalcati, *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época de la hipermodernidad*, ed. Xoroi Edicions, 2015, p. 21.

límites del universo materno, lo separa y permite al individuo despegarse de los niveles psicológicos de la infancia.

La separación es un trauma necesario y beneficioso: *“El padre inflige el primer dolor, afectivo y psicológico, interrumpiendo la simbiosis con la madre (en la que el bebé sigue hasta que es absolutamente necesaria la intervención paterna) (...) el padre hiere al hijo para hacerle más fuerte (...) la herida infligida por el padre, intrínsecamente necesaria en la existencia del hombre, es también fundadora de su orden”*⁵⁰.

Por ello, el padre deberá separar con delicadeza, de forma amorosa y responsable, pues no abandona al hijo a su suerte, sino que, en un proceso de iniciación, le guía, le marca el camino, le concede herramientas morales, éticas y espirituales para la nueva andadura y le enseña cómo sobrevivir lejos del campamento base de mamá. Lo que hace posible el acceso al mundo de la cultura y los símbolos: *“Si la separación no se realiza bien, el individuo corre el peligro de seguir siendo toda su vida un niño que añora al ser amado del que le han separado y que busca, en una estéril ansia narcisista, la mirada de aprobación”*⁵¹.

El lazo con el padre es alianza y raíz, responde a la exigencia de pertenencia que caracteriza al ser humano. Pero a la vez el hijo necesita alas, empuje a lo desconocido, a nuevas experiencias que favorecen el crecimiento, exigencia legítima de diferenciación. La vida humana exige raíz, pero también rebelión; lazos familiares pero también su disolución⁵². «Pertenencia y errancia» («procedencia y porvenir») definen los dos polos de la subjetividad humana: «pertenencia» como tendencia a la identificación, a pertenecer a una comunidad, a estar juntos, a arraigar en una cultura de grupo; y «errancia» como viaje que separa, que crea la experiencia propia, que libera, que diferencia. El efecto del desenganche realizado por el padre será siempre beneficioso, no mortifica la relación materna, sino que la vivifica sustrayéndola al empaste necesariamente incestuoso de la identificación indiferenciada con el propio hijo⁵³.

⁵⁰ C. Risé, *El padre. El ausente inaceptable*, ed. Tutor, Psicología, 2006, pp. 18 y 27.

⁵¹ Ídem.

⁵² M. Recalcati, *El secreto del hijo. De Edipo al hijo recobrado*, ed. Anagrama, 2020, p. 114.

⁵³ M. Recalcati, *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época hipermoderna*, ed. Xoroi Edicions, 2011, pp. 48-63.

El padre liberador acompaña, observa y guía al hijo responsablemente. El padre promueve la emancipación. En este sentido el padre es «aventura»: el mundo exterior, lejos de la madre, está plagado de retos, miedos y dificultades; pero es mucho más excitante y novedoso⁵⁴. Pero a la vez es «custodia»: el padre está siempre a su lado en la exploración de ese mundo nuevo plagado de retos. El padre es el que prioritariamente enseña a los hijos a abrir la puerta de la vida con prudencia, pero también con decisión; evitando que el hijo renuncie a retos, a experiencias que le harán crecer y ampliar sus horizontes por miedo, pasividad, comodidad o conformismo⁵⁵.

V. UN FEMINISMO JUNTO A LOS VARONES Y EN FAMILIA

Friedan tuvo que enfrentarse abiertamente a aquellas feministas que ella misma denominó “radicales”, que basaban su lucha en el desprecio a los varones y en un antagonismo absoluto con los hombres a quienes culpaban de todos sus males. *“Aquellas que predicaban la andrógina lucha de los sexos/clases amenazaban con hacerse con la dirección de la delegación de Nueva York de NOW y con la organización de nivel nacional, así como con echar a las mujeres que querían igualdad, pero también querían seguir amando a sus esposos e hijos”*.

Esto la llevó a la divergencia directa incluso con Kate Millet (autora de *La Política sexual*), y sus seguidoras consideradas por Friedan como demasiado radicales por su *“odio hacia los hombres e incluso violencia (...) su resentimiento estaba siendo manipulado y convertido en una orgía de odio entre los sexos que podía minar el poder que ahora tenían para cambiar las condiciones que tanto les molestaban. No estoy segura de lo que motiva a quienes promulgan ferozmente, o manipulan, el odio de los hombres en el movimiento de mujeres (...) la retórica de la lucha de sexos/lucha de clases según mi punto de vista se basa en una falsa analogía con ideologías obsoletas e irrelevantes sobre la lucha de clases o la segregación de las razas (...) Pero esa retórica del odio hacia los hombres perturba cada vez a más mujeres en el movimiento, además de mantener a muchas mujeres fuera de él”*.

⁵⁴ Como señala Zoja, mientras la madre abraza al hijo y fija sus ojos en los del hijo sin cambiar la posición del amamantamiento, el padre, con frecuencia, lo gira y lo invita a mirar hacia el exterior, es decir, a contemplar el mundo con una mirada paralela a la suya. L. Zoja, *El gesto de Héctor. Prehistoria, historia y actualidad de la figura del padre*, ed. Taurus, Madrid, 2018, p. 290.

⁵⁵ En palabras de Vidal, «la entrega paterna se hace desde la aventura y la custodia». F. Vidal. *La revolución del padre. El padre que nace y crece con los hijos*, ed. Mensajero, 2018, p. 282.

La opinión de Friedan en este sentido era que los hombres y mujeres deben llegar a una comprensión mutua y a una sana colaboración; en ningún caso defendía el enfrentamiento; *“también caminaron con nosotras cientos de hombres (...) ¿Quién sabe qué posibilidades ofrecerá el amor cuando hombres y mujeres compartan no solamente sus hijos, el hogar y el jardín, sino las responsabilidades y las pasiones del trabajo que crean el futuro humano y el conocimiento humano pleno de quiénes son?”*

Friedan reconoce que muchos hombres compraron su libro y la apoyaron en sus reivindicaciones y afirma: *“nunca me lo plantee en términos de clase o de raza: las mujeres como clase oprimida, luchando por derrocar a los hombres, como clase de los opresores, o para quitarles el poder. Sabía que el movimiento tenía que incluir a los hombres como miembros en pie de igualdad (...) Y las tareas domésticas y la crianza de los hijos tendrían que ser compartidas de una forma más igualitaria por el marido, la esposa y la sociedad (...) No podía definir la liberación de las mujeres en términos que negara la realidad sexual y humana de nuestra sociedad de amar a un hombre, e incluso a veces de depender de él (...) lo que había que cambiar eran los obsoletos roles sexuales (...) Tenía la sensación de que los hombres no eran realmente el enemigo -eran víctimas como nosotras, padecían una mística de la masculinidad anticuada que les hacía sentirse innecesariamente incompetentes cuando no había osos que matar (...)*

Friedan, sin embargo, se equivocó cuando pensó que la misandria se trataba de algo pasajero (*“creo que los grupos marginales que promulgan el odio a los hombres se desvanecerán”*), pues actualmente las políticas identitarias junto con el movimiento *“woke”* han radicalizado e implantado con especial fuerza el desprecio a los hombres, a los que se considera prescindibles, perturbadores, perjudiciales: *“tóxicos”*⁵⁶.

1. Pero ¿dónde estaban los hombres?

Resulta curioso el hecho de que ninguna de estas mujeres a las que retrata Friedan, alienadas por la dedicación exhaustiva al hogar, reclamase la presencia paterna en el mismo. Los padres se limitaban pues a su papel de proveedores. Durante generaciones se enseñó a los hombres a mantener económicamente a las familias, pero no a involucrarse en los aspectos más afectivos de la crianza de los hijos. Padres que basaban su rol prácticamente solo en su obligación de traer el sustento al hogar. Su función

⁵⁶ Vid. al respecto Mary Eberstadt, *Gritos primigenios, Cómo la revolución sexual creó las políticas identitarias*, ed. Rialp, 2020.

prioritaria era la provisión material. Dimitían de su papel de educadores, para ser simplemente «abastecedores». Algunos además controlaban los aspectos académicos de los hijos en cuanto a rendimiento y fiscalizaban el comportamiento. Estos padres presentes en estas tareas sin embargo «brillaban por su ausencia» en el plano emocional de la vida de sus hijos. Les preocupaba traer el sustento material al hogar, careciendo de la capacidad precisa para proporcionar asimismo el sustento emocional que los hijos precisan. Mantenían la disciplina en el entorno familiar abandonando todo lo relativo a los sentimientos y afectos al mundo femenino maternal muchas veces de forma bienintencionada pero obviamente equivocada.

Así, durante generaciones, los hijos, sobre todo los varones, del progenitor de su mismo sexo terminaron obteniendo un modelo parcializado: les mostraba cómo actuar, cómo hacer, pero no los guiaba en el sentir y, mucho menos, en la expresión de lo afectivo. Padres pertenecientes a culturas patriarcales, en su mayoría buenas personas, excelentes profesionales, honrados trabajadores que luchaban por «salvar el mundo» mientras se hundía su hogar. Muchos de ellos pensaban honestamente que estaban haciendo mucho por sus hijos, pero la realidad es que al hacerlo «sin sus hijos» los estaban perdiendo y perjudicando, mientras condenaban a las mujeres a una profunda soledad educativa, dañando así también su relación de pareja.

2. Las familias matrifocales. El poder del hogar.

En sus entrevistas, algunas mujeres respondían con firmeza que las labores del hogar y crianza de los hijos eran “*cosa suya*”. Un poder al que no estaban dispuestas a renunciar. Como afirmaba Strecker por entonces: “*La satisfacción emocional, casi la sensación de saciedad, que obtiene la madre de tener a sus hijos chapoteando alrededor en una especie de fluido amniótico psicológico en lugar de dejar que se marchen del útero materno a nado dando las vigorosas y decisivas brazadas de la madurez*”⁵⁷.

Lo más curioso es que esta asunción de poder no ha desaparecido con el paso de las décadas y la incorporación de la mujer al ámbito profesional. Algunas mujeres actualmente no confían en las aptitudes masculinas para hacer frente a las necesidades diarias de la familia y el hogar. Mujeres que sufren un prejuicio de inutilidad masculina que las incapacita para ceder el espacio y protagonismo que el padre merece y al que

⁵⁷ E. Strecker, *Their Mother's Sons*, Filadelfia y Nueva York, 1946, pp. 31 y ss.

tiene derecho; provocando así una indeseable distancia emocional entre el padre y los hijos que lo ven como una persona abstraída de las decisiones diarias y ajeno al hogar. Familias donde el padre está físicamente presente, pero simbólicamente ausente; no es representativo para los hijos, un extraño, alguien ajeno a la vida ordinaria del hogar. La madre se ha encargado de que se mantenga al margen de la vida de los hijos por considerarle poco apto, patoso, carente de la calidad requerida. Cuando el padre no es significativo para la madre, el niño lo percibe y él mismo se coloca en su lugar convirtiendo la función paterna en inexistente.

Se trata de mujeres que sienten que compartir los espacios integrales de la crianza es ver debilitado su rol materno y, en consecuencia, un pilar fundamental de su feminidad y autoestima⁵⁸. Como afirma Lipovetsky, el compromiso femenino en la esfera doméstica corre parejo con formas de poder que, pese a ser privadas, no por ello revisten un menor grado de una importancia capital. Incluso en nuestros días, la cuestión del poder materno sigue siendo candente: numerosas mujeres toleran mal el hecho de que su cónyuge se ocupe demasiado de la casa y de los hijos. En un estudio realizado por este autor en los años 80, llegó a la conclusión de que del 60 al 80% de las mujeres norteamericanas no deseaban una mayor participación por parte de los padres y preferían que se mantuvieran al margen.

Muchas madres viven con orgullo su capacidad para hacer frente al trabajo profesional y a las tareas maternas. Así reciben la doble satisfacción de dominar dos universos, el laboral y el hogar familiar. Este, a su vez, acompañado de gratificaciones como: perspectiva de sentido de la vida; posición de poder; afirmación identitaria; autonomía organizadora; capacidad de imponer los criterios propios; fronteras personales; forma de controlar un territorio y construir un mundo propio íntimo, emocional y comunicacional. La doble misión les significa una carga, pero también una manera de seguir controlando un poder que no desean compartir. De manera que el hecho de que la mujer, incluso la que tiene fuera un desarrollo profesional, siga dedicándose a tales tareas no puede explicarse como un mero vestigio del pasado impuesto desde instancias externas⁵⁹.

⁵⁸ S. Sinay, *Ser padre es cosa de hombres*, ed. Del Nuevo Extremo, Argentina, 2012, p.42.

⁵⁹ G. Lipovetsky, *La tercera mujer*, ed. Anagrama, 1999, pp. 235-238 y 261.

Es lo que algunos psicólogos denominan familias “matrifocales”. En estos supuestos, el padre desplazado, no encuentra espacio entre la madre y el hijo, debe quedar como un espectador externo, es el inoportuno, el no deseado, un estorbo. Algunos padres describen a sus hijos como “secuestrados” por su mujer, con el objetivo de evitarles su supuesta influencia negativa. Como señala Poli, en estas circunstancias se crea una alianza madre-hijo: *“están siempre de acuerdo, se respaldan y defienden el uno al otro, ateniéndose a un pacto no escrito de defensa recíproca. Mujer e hijo se mueven como perfectos aliados. Progresivamente el padre queda encasillado en la figura del perdedor y queda encerrado en el estereotipo del malo, de persona con un carácter insoportable. Se sentirá generalmente en minoría hasta acabar recluyéndose definitivamente en sí mismo”*⁶⁰.

3. Feminismo y familia ¿por qué no?

Tampoco se caracterizó Friedan por el deseo de dismantelar la familia o renunciar al amor por sus hijos, como sí sucedió en el feminismo radical posterior: *“toda mujer debe escuchar su voz interior para encontrar su identidad en un mundo cambiante. Debe crear, a partir de sus propias necesidades y capacidades, un nuevo plan de vida que combine el amor a las criaturas y el hogar que han definido la feminidad en el pasado con un empeño por tener un propósito mayor que conforme el futuro (...) Y debe ser capaz de decir no a los manipuladores que están tratando de dirigir su vida”*.

Friedan deseaba el equilibrio entre desarrollo personal y profesional de la mujer *“tu propia identidad, la igualdad e incluso el poder político no significan que dejes de necesitar amar y ser amada por un hombre, o que te dejen de importar tus criaturas. Habría perdido mi propio afecto por el movimiento de mujeres si al final no hubiera sido capaz de admitir la ternura”*.

Con estas palabras, Friedan se refería a lo que brillantemente la filósofa Brugggraf denominaría más tarde la *“ética del cuidado”*, que caracteriza la especificidad femenina y se la puede identificar, cuidadosamente, con una especial capacidad de mostrar el amor de un modo concreto; esa delicada sensibilidad frente a las necesidades y requerimientos de los demás, esa capacidad de darse cuenta de sus posibles conflictos interiores y de comprenderlos⁶¹.

⁶⁰ O. Poli, *Corazón de padre*, ed. Palabra, 2012, pp.29 y 30.

⁶¹ J. Brugggraf, *¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar*, p. 23.

Sin embargo, el movimiento inicial se desnortó con la revolución del 68 y al influencia del feminismo radical, separando el sexo definitivamente del amor, la reproducción y el compromiso y asumiendo que ser madre y cuidar de los hijos y el hogar era indigno, una tarea que degrada y humilla a la mujer. Ignorando, como afirma Scruton, que la realidad de nuestra naturaleza es que somos “*criaturas constructoras de hogar*”, que cooperan en busca de valores intrínsecos⁶²; lo cual no está reñido con nuestro desarrollo personal y profesional.

VI. LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD EN EL SIGLO XXI

Desde que Betty Friedan comenzara su “movimiento” a favor de los derechos de la mujer, ésta ha ganado en derechos y ha perdido en identidad. Ha triunfado en lo público y se ha desestabilizado en lo privado. Está más empoderada que nunca, pero se considera una víctima. Realizada en lo profesional, experimenta una gran soledad en lo personal. Se ha liberado sexualmente, pero se siente vulnerable -existe una relación de causalidad directa entre la trivialización del sexo y los abusos sexuales a mujeres-. Ha perdido el rubor, pero exige respeto⁶³. Todo le está permitido y, sin embargo, no encuentra satisfacción. Protagoniza el éxito académico, pero no se conoce a sí misma. Ha llegado a ser independiente, pero no es libre, pues se halla sometida a nuevas esclavitudes, algunas mucho más perversas y obscenas que las de siglos pasados; como sucede con el comercio humano de los denominados “vientres de alquiler” que transforman a la madre biológica en “*máquina impersonal de reproducción de la especie*”⁶⁴, mero contenedor de un producto que además ha de ser fabricado según las exigencias del consumidor que lo encargó⁶⁵. Una sociedad que admite el “alquiler” de mujeres y “compra-venta” de seres humanos es una sociedad enferma que no valora en

⁶² R. Scruton, *Cómo ser conservador*, ed. Homo Legens, 2020, p.192.

⁶³ Como señala Wendy Shalit, cuando a los chicos se les educa para que piensen que las chicas buscan sexualmente lo mismo que ellos, y que es malo y sexista pensar de otra forma, entonces es mucho más probable que sean impacientes y poco comprensivos con el “no” de una mujer. W. Shalit, *Retorno al pudor*, ed. Rialp, 2012, p.78.

⁶⁴ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.39.

⁶⁵ Los donantes de ciertas clínicas tienen que cumplir entre otros requisitos: no ser mayores de 22 años, medir más de metro ochenta y no presentar indicios de calvicie. Entre las donantes de gametos femeninos se suele exigir que sean guapas, inteligentes y rubias de ojos claros. Además de pasar pruebas genéticas para descartar enfermedades. Vid. J. Bacardit, *El precio de ser madre*, ed. Apostroph, 2020.

nada el proceso de la maternidad, ni el papel profundo y trascendental que la madre cumple en el mismo⁶⁶.

Una sociedad que se empeña en rescatar a las mujeres de su propia feminidad y que considera el pudor como algo tóxico, es una sociedad que no se porta bien con las mujeres, no las trata como se merecen y esto las hace involucionar y las convierte nuevamente en el sexo “débil”⁶⁷.

1. Crisis de identidad femenina. Y la mujer se hizo hombre.

Friedan estaba convencida de que “*el malestar que no tiene nombre*” provenía de una crisis de identidad femenina. Y estaba en lo cierto. Aquellas mujeres que habían resultado devoradas por su papel de madres, se descompensaban y sufrían una crisis de identidad al permitir que su lado maternal devorara por completo su parte “*erótica*”, como la denomina Ceriotti, como mujer/persona propiamente dicha⁶⁸.

Paradójicamente, en la actualidad la crisis de identidad femenina permanece, aunque su causa es bien distinta. Esta vez se ha desarrollado el lado femenino, erótico y profesional de la mujer y se ha enterrado el lado maternal, provocando una nueva descompensación. Las palabras de Friedan sobre el maltrato a la mujer de aquella época son perfectamente extrapolables a la actualidad: “*Sólo una sociedad enferma, que no está dispuesta a hacer frente a sus propios problemas e incapaz de concebir objetivos y propósitos a la altura de la capacidad y del conocimiento de sus miembros, opta por ignorar la fuerza de las mujeres*”.

Pero si en los años 50 la mística de la feminidad quería convertir a las mujeres en amas de casa (“*sólo una sociedad enferma o inmadura opta por convertir a las mujeres en amas de casa y no en personas*”), en la actualidad, la mística femenina se sitúa en el extremo opuesto anulando de forma radical su lado femenino maternal y exacerbando su

⁶⁶ El Parlamento europeo condenó en un Informe anual sobre los derechos humanos y la democracia en el mundo, 17/12/2015, “la práctica de la gestación por sustitución, que es contraria a la dignidad humana de la mujer, ya que su cuerpo y sus funciones reproductivas se utilizan como una materia prima”. “Estima que debe prohibirse esta práctica, que implica la explotación de las funciones reproductivas y la utilización del cuerpo con fines financieros o de otro tipo, en particular en el caso de las mujeres vulnerables en los países en desarrollo, y pide que se examine con carácter de urgencia en el marco de los instrumentos de los derechos humanos”.

⁶⁷ En contra de la opinión social actual, el pudor, como señala Shalit, no atenúa el “eros”, el atractivo sexual. Antes al contrario, lo más probable es que lo aumente. W. Shalit, *Retorno al pudor*, ed. Rialp, 2012, p.277.

⁶⁸ Vid. al respecto, M. Ceriotti, *Erótica y materna. Viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019

lado profesional, haciendo creer a las mujeres que el hogar y los hijos las subyugan y esclavizan y que la realización personal pasa por aplazar, retrasar o renegar de la maternidad y dedicarse en cuerpo y alma a una misma de manera autorreferencial y narcisista.

Friedan no podía ni imaginar que el feminismo iniciado por ella se iba a alimentar de los sectores más radicales de la época e iba a acabar desfeminizando a la propia mujer y asimilándola al hombre, al que paradójicamente consideraba su enemigo.

Las feministas igualitaristas, con las que no se identificaba Friedan y a las que tuvo que enfrentarse en diversidad de ocasiones, lograron que la sociedad de los años 70 asumiera la idea de que trabajar en casa, ser buena esposa y madre era atentatorio contra la dignidad de la mujer, algo humillante que la degrada, esclaviza e impide desarrollarse en plenitud. Y que, para ser una mujer moderna, era preciso previamente liberarse del yugo de la feminidad, en especial, de la maternidad, entendida como un signo de represión y subordinación.

De este modo, y en un movimiento pendular radical respecto de la mística de la feminidad de los años 50 y 60, se generó a partir de los años 70 cierto desprecio hacia las mujeres que trabajaban en su casa o cuidaban de sus hijos, que resultaban estigmatizadas, considerándolas poco atractivas o interesantes y nada productivas para la sociedad; frente a aquellas otras mujeres que renunciaban a la maternidad o al cuidado personalizado de sus vástagos desde sus primeros días de vida, que aparecían ante la opinión pública como heroínas, auténticas mujeres modernas, que, lejos de esclavizarse «perdiendo el tiempo» en la atención a sus retoños, se entregaban plenamente a su profesión, por la que lo sacrificaban todo, lo que las liberaba y convertía en estereotipos de la emancipación femenina⁶⁹.

Esta estereotipificación inversa, favorecida por la actitud de algunas líderes políticas y sociales durante la década de los 70 ha perdurado hasta la actualidad. En pleno siglo

⁶⁹ Como afirmaba Chesterton; *si la educación es la cosa más grande del mundo ¿qué sentido tiene hablar de una mujer siendo liberada de la cosa más grande del mundo?... Todo tiende al regreso de una sencilla verdad que dice: el trabajo privado en la casa es el trabajo verdaderamente grande y el trabajo público es el empleo pequeño. El hogar humano es una paradoja porque es más grande por dentro que por fuera...la mayoría de los feministas probablemente estarían de acuerdo con él en que las mujeres están bajo una vergonzosa tiranía...pero yo quiero destruir la tiranía. Ellos quieren destruir a las mujeres. Es la única diferencia*". En el libro compilatorio de J.R. Ayllon, *Esencia de mujer*, ed. Homo Legens, 2020.

XXI la organización de la vida profesional se desarrolla como si las mujeres no fueran madres y como si los trabajadores no tuvieran obligaciones familiares; dificultando así un cambio de mentalidad sobre la importancia real de la maternidad, tanto para la mujer en sí como para la institución familiar, base incuestionable de la sociedad, sin el cual, nunca podrán adoptarse medidas verdaderamente conciliadoras para la vida familiar y laboral.

Como resultado de esto, muchas mujeres tienden a ocultar su sensibilidad femenina/maternal como si fuera un defecto humillante y adoptan una postura masculina, esforzándose por ser agresivas y competitivas en sus trabajos, yendo en último término en contra de sus verdaderos deseos. Parecen creer que, si reconocen estos atributos femeninos, estarán caracterizando a las mujeres como seres frágiles, no suficientemente duras para trabajos difíciles.

La actual mística de la feminidad, exige la desfeminización de la mujer. Muchas mujeres se han esforzado por cumplir sus funciones «exactamente como un hombre» y su naturaleza, rechazada, reprimida, luego se hace valer y surgen las depresiones, la ansiedad, la insatisfacción, la frustración e infelicidad, porque la feminidad lucha por manifestarse. Nuevamente, un “*malestar que no tiene nombre*”.

2. De la tristeza del ama de casa a la tristeza de la mujer de éxito. El nuevo malestar que no tiene nombre.

Si en la década de los 50/60 “*el malestar que no tiene nombre*” provenía de una excesiva dedicación al hogar y a los hijos que implicaba la anulación de una misma, actualmente las mujeres experimentan un nuevo “*malestar que no tiene nombre*”, una nueva sensación de vacío existencial y de falta de realización personal, esta vez, provocada por la renuncia autoimpuesta al desarrollo libre y natural de su lado maternal y familiar.

Si Friedan se refería a la “*tristeza del ama de casa*”, actualmente la analista June Singer habla de un fenómeno extendido en las consultas, un síndrome al que llama “*la tristeza de la mujer de éxito*”, que procede de haber perdido el contacto con nuestra feminidad, en concreto por habernos vuelto individualistas en extremo y haber negado nuestro yo relacional. Mujeres altamente inteligentes y profesionales de éxito, pero deprimidas e infelices. En realidad, son “hombres” de éxito porque han perdido su parte emocional e instintiva femenina. Adquirieron una falsa identidad para sobrevivir en un mundo

altamente masculinizado. Otra persona triunfó por ellas, su componente masculino, su yo masculino trabajador, concentrado en su cabeza y en su voluntad y que debe ser puesto en su lugar⁷⁰.

Fue un proceso en cierta medida lógico, una forma de sobrevivir en un mundo masculinizado. Pero ahora, necesitamos volver a una feminidad consciente que incluye aquellas virtudes masculinas que hemos desarrollado en las últimas décadas y a las que no debemos renunciar pues nos enriquecen. Necesitamos adquirir una conciencia no culposa de nuestro bagaje natural y convencernos con orgullo del valor de nuestra propia singularidad.

La psicóloga Mudock, como muchas otras terapeutas, conoce por su amplia experiencia profesional un clamor repetido entre mujeres maduras de insatisfacción con los éxitos profesionales logrados; descrita como una sensación de esterilidad, vacío, desmembramiento e incluso de traición a una misma⁷¹. El nuevo “*sentimiento innombrable*” impuesto por la nueva “*mística de la feminidad*” hipermoderna.

Igual que en la década de los 50, tener éxito como ama de casa en los barrios residenciales de Estados Unidos provocó efectos colaterales en la salud física y psíquica de sus protagonistas, en la actualidad, el éxito profesional para muchas mujeres ha supuesto un sacrificio en cuerpo y alma, con daños físicos y emocionales de los que poco o nada se habla; daños derivados de haber seguido un modelo masculinizado que les ha supuesto una escisión interna con su naturaleza femenina, paradójicamente impuesto por los movimientos feministas. Un modelo que niega lo que realmente son: mujeres con unas especificidades propias. En una sociedad que niega radicalmente una esencia femenina propia y que denigra las cualidades femeninas es difícil que una mujer se valore a sí misma de forma equilibrada.

Mujeres que han logrado todo lo que se habían propuesto y se sienten vacías, con sensación de soledad y desolación, de haber sido traicionadas, de haberse perdido “algo” (la relación consigo misma, su autoconocimiento, la identificación con su naturaleza, el respeto a su propio cuerpo, la descendencia, la paz interior...). Mujeres que triunfan exteriormente pero que se desangran en su interior.

⁷⁰ J. Wheelwright, La ruptura de la identificación con el ánimos para encontrar lo femenino, en la obra *Ser mujer*, ed. Ka irós, 2018, p.185.

⁷¹ Vid. al respecto M. Murdock, *Ser mujer. Un viaje heroico. Un apasionante camino hacia la totalidad*, ed. Kairos, 2018.

Muchas mujeres perciben que todos sus esfuerzos por alcanzar el éxito se han basado en la necesidad de complacer a otros y dar la talla según los estándares impuestos por una sociedad feminista pero masculinizada, en lugar de seguir sus propios instintos o deseos. También otras mujeres sienten un fuerte temor interno a la inferioridad femenina y se vuelven *adictas a la perfección* (como lo eran las amas de casa a las que se refería Friedan); trabajando más que sus homólogos masculinos para compensar el hecho de no ser varones.

Queriendo alejarse del modelo de mujer previo a la revolución del 68, normalmente dedicada en cuerpo y alma a la familia (*la mística de la feminidad*), la mujer realizó una intervención quirúrgica radical, de escisión también con todo lo positivo que aquellas mujeres podían enseñarnos. Rechazando lo femenino, inhibimos nuestro crecimiento como mujer, negamos las cualidades innatas e ignoramos lo que nos da satisfacción y sensación de plenitud en la vida. Nos escondimos tras una coraza que nos protegía en nuestro periplo profesional, pero que nos separó de nuestros propios sentimientos, de nuestra parte más dulce y tierna, de nuestra espontaneidad y vitalidad e incluso de una relación positiva con los hombres.

Recientemente la economista S. A. Hewlett realizó una investigación sobre un fenómeno muy extendido hoy en día en Estados Unidos: la “*fuga de cerebros femeninos*” de puestos de trabajo altamente remunerados y de prestigio que exigían estar fuera de casa prácticamente todo el día. Y descubrió que el doble de mujeres que de hombres manifiestan e interiorizan el impacto negativo que ese tipo de trabajos tiene sobre la familia (conducta de los hijos, rendimiento escolar, hábitos de alimentación, trastornos psíquicos...) sintiendo lo que llama «*un verdadero retrato de culpabilidad*» casi insuperable, a diferencia de los hombres con esos mismos puestos de trabajo que apenas lo perciben. Digamos que el trabajo entra en conflicto con sus emociones más básicas. Hay abundantes estadísticas que demuestran que muchas más mujeres que hombres rechazan ascensos pensando en la familia, incluso cuando hablamos de mujeres en los niveles más elevados. La interiorización del rol familiar de la mujer es tan intensa que, incluso una vez alcanzados los puestos estratégicos, las mujeres con hijos se muestran menos deseosas de promocionar o cambiar de empresa⁷².

3. Declinaciones de la maternidad en la actualidad.

⁷² T.A. Scandura, *Breaking the glass ceiling in the 1990's*.

Psiquiatras expertos en identidad femenina coinciden en que, tanto la madre que por ser “demasiado” madre suprime a la mujer, como la mujer que narcisistamente se sobreexplota a sí misma en busca del éxito profesional y niega a la madre, no son representaciones de la mujer/madre sino declinaciones patológicas propias de la sociedad hipermoderna⁷³.

A. El fantasma de la apropiación de los hijos.

Friedan, como psicóloga, percibió acertadamente que el malestar de las mujeres de su época tenía su origen en gran medida en la excesiva dedicación a los hijos con los que la madre creaba una relación simbiótica que acababa matando las identidades. Una declinación perversa de la maternidad, una versión patológica del amor materno que varios psicólogos y psiquiatras de la época se esforzaron en denunciar.

Pero esas declinaciones patológicas de la maternidad hoy también existen; aunque su origen sea bien diferente al que exponía Friedan. Actualmente, el fenómeno de la “apropiación” de los hijos ha adquirido una especial fuerza con la implantación de las técnicas de reproducción asistida y la anticoncepción química; la técnica y el derecho permiten a la mujer apropiarse del proceso de filiación. En esta etapa histórica, en la que los niños son escasos y preciosos, surge con fuerza la idea del *derecho a tener un hijo*, en oposición a la del hijo como fruto de la contingencia del amor de sus padres. Es una idea contraria a la inalienabilidad de la persona y recuerda a la esclavitud por lo que implica la tenencia de derechos sobre un ser humano. La deshumanización de la procreación hace posible para todos la consecución de un hijo. Se ha sustituido la genealogía por la tecnología. El hijo se reduce a objeto de deseo -normalmente acompañado de una transacción financiera-⁷⁴.

Cuando el hijo es buscado, provocado de forma programada y planificada hasta el extremo, cuando no se deja nada a la contingencia e imprevisión, el “*fantasma de la apropiación*” sobrevuela sobre su gestación⁷⁵. El niño, deseado, planificado, buscado, programado, se convierte en centro de la vida de la madre, la razón de su existencia,

⁷³ Vid, al respecto, M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018. M. Ceriotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, 2018, ed. Rialp. O. Poli, *Madres, demasiado madres*, 2011, ed. Rialp.

⁷⁴ El TEDH ha declarado al respecto que “la Convención no consagra ningún derecho a ser padre” y “que no protege el simple deseo de formar una familia” (TEDH, *Paradiso et Campanelli c. Italie*, 2017.)

⁷⁵ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.96.

pues ha sido traído al mundo precisamente para dar sentido a la vida de la mujer que lo encargó. Por desgracia, es algo habitual en la actualidad que el sueño, siempre presente, de la omnipotencia materna se haga terrible realidad. No obstante, este *“secuestro arbitrario del hijo como “propio” no define en absoluto la maternidad, sino solo a su declinación patológica”*⁷⁶.

Aquel hijo, nace sometido a una relación de dominio, a la omnipotencia de su madre, por lo que será menos libre. Este niño viene de hecho a satisfacer las expectativas inconscientes de la madre, como afirma Recalcati, *“sin saberlo, está como secuestrado en el deseo de la madre”*⁷⁷. Lo que generará ansiedad en ella y, en consecuencia, los correspondientes sentimientos de angustia e inseguridad en el hijo. El niño no es educado para llegar a ser él mismo, sino ante todo para gratificar y alimentar el narcisismo de quien “lo encargó”.

En estos casos, si el hijo es varón, se convierte en el “cuidador” de su madre, el “hombrecito de la casa”. Papel que no le corresponde y que le puede hacer sentirse abrumado: *“Se transforma en el hijo codependiente, metafóricamente su amante, y por último su víctima no intencional”*⁷⁸. Las madres que en su vida solo tienen al hijo esperan de él toda forma de satisfacción o realización personal; mujeres que viven a través de la vida de sus hijos, generando en ellos expectativas desmesuradas y distorsionadas. Nadie debería estar secuestrado en los sueños de otro; *“prisionero en algodones envenenados de otro”*⁷⁹.

El hijo, en estas circunstancias, no es libre, porque nace sometido a una relación de dominación sobre la que sobrevuela el *“fantasma perverso que preside la maternidad patológica: poseer, devorar, sofocar a su hijo, reducirlo a objeto propio de su goce”*⁸⁰. Nace encadenado a un destino preconcebido: debe satisfacer las expectativas inconscientes de su madre, dar sentido a la vida de su progenitora, rellenar sus vacíos existenciales, satisfacer sus sueños frustrados.

⁷⁶ Idem, p.34.

⁷⁷ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.107. *“El derecho de propiedad sobre el hijo autoriza a la madre a caer en la pura arbitrariedad, en el capricho insensato, en la aniquilación del otro, en su sometimiento”* (p.120).

⁷⁸ A. R. Kipnis, *Los príncipes que no son azules... o los caballeros sin armadura*, ed. Vergara, 2014, p.247.

⁷⁹ M. Recalcati, *La fuerza del deseo*, ed. Spirito, 2018, p.31.

⁸⁰ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.93.

En cambio, el niño no planificado, el niño “sorpresa” será siempre más libre porque, como afirma Cerotti, “*su vida no está pensada para responder a una necesidad de sus progenitores*”, lo que permite a aquellos encontrar “*la distancia emotiva necesaria para apoyarle y guiarle sin pretender el control de su vida*”⁸¹.

B. La no madre

En la actualidad, como expone Ceriotti, “*se está produciendo una transformación progresiva en nuestros principales códigos simbólicos*”, y nos encontramos con mujeres que renuncian abiertamente a tener hijos, porque entienden que “*maternal es sinónimo de sacrificial*” y que interpretan la maternidad como una amenaza contra un “*ideal estéril de feminidad*”, rechazando al niño como causa de la mortificación del cuerpo femenino. La mujer que tiene poco contacto o rechaza sus aspectos maternos tiene elevadas posibilidades de caer en el utilitarismo en sus relaciones personales. Es un fenómeno que, en el ámbito del psicoanálisis, recibe la denominación de “*complejo de Medea*”⁸²: mujeres que descartan por completo su lado maternal y exacerbaban su lado erótico-femenino. La madre ha sido eliminada por la mujer. La consecuencia psíquica de este desequilibrio entre el lado maternal y el lado erótico de la mujer provoca una soterrada pero constante insatisfacción personal, como consecuencia de la condena, libremente aceptada y buscada de propósito, a una soledad autodestructiva. Cuando la mujer pretende ser autónoma y totalmente autosuficiente, sin hombre, sin hijos, corre el riesgo de encerrarse en una autorrealización que considera como una conquista de la libertad, la superación de todo vínculo natural maternal, pero que en realidad la reduce a una soledad opresora⁸³.

Y esto porque todas las mujeres, independientemente de la realización concreta de la maternidad e incluso de su deseo de ser o no madres, contienen en sí un “*mundo psicológico materno ineludible*”⁸⁴. La mujer lleva en su cuerpo y en su mente el conocimiento secreto de la fertilidad y el crecimiento; una predisposición a la acogida del otro, un espacio de acogida que reclama ser colmado, un don innato de velar y

⁸¹ M. Ceriotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p. 61.

⁸² Recordemos que en la obra de Eurípides del siglo V antes de Cristo, la protagonista, Medea, asesina a sus hijos para vengarse de la traición de su amante y padre de las criaturas.

⁸³ Vid. al respecto, Benedicto XVI: Discurso al congreso internacional «*Mujer y varón, la totalidad del humanum*»; Roma del 7 al 9 de febrero 2008, para recordar los veinte años de la publicación de la carta apostólica de Juan Pablo II «*Mulieris dignitatem*».

⁸⁴ M. Ceriotti, *Erótica y materna. Viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p.35.

proteger la vida. Como diría Rilke, “*la belleza de la doncella es maternidad que se presiente y prepara*”⁸⁵. Esto afecta a sus decisiones y pensamientos en lo personal y en lo profesional. La mujer es un ser sociable, humanizador por excelencia.

Como señala Janne Haaland, «*la cuestión esencial no es solo de orden práctico, sino también antropológico: las mujeres nunca se sentirán felices si no toman conciencia de hasta qué punto la maternidad define al ser femenino, tanto en el plano físico como espiritual, y expresan esta realidad con la reivindicación del reconocimiento social*»⁸⁶.

Si tener hijos se plantea en términos de sacrificio, negación de una misma, fin de la libertad, tiranía y agotamiento, es normal que las mujeres no quieran ser madre. Si, además de la falta de reconocimiento social, desde el poder público las madres no reciben ningún tipo de apoyo económico, y desde el punto de vista profesional no supone ningún beneficio curricular, entonces ser madre se convierte en algo heroico. Ser madre es un auténtico trabajo profesional, humano y social, que merece ser reconocido como tal por el poder público y la sociedad, además de ser una llamada al valor y a la responsabilidad.

VI. PUNTOS DE DIVERGENCIA CON BETTY FRIEDAN

1. Igualdad en el ámbito reproductivo y biológico. Aborto y anticoncepción química.

Gran parte de los planteamientos que ofrece Friedan en relación con las mujeres de su época son razonables y justifican el posterior movimiento femenino, protagonizado por aquellas jóvenes que no querían llevar la vida que habían llevado sus madres y que exigían el derecho a la igualdad con los varones en el ámbito profesional. Pero este movimiento inicialmente comprensible se desnortó cuando además de la igualdad en el ámbito público, pretendió la igualdad en el ámbito privado y por lo tanto el derecho a no tener hijos: igualdad al varón en el ámbito reproductivo y biológico. En ese sentido, Shulamith Firestone afirmaba en su obra *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista* (1970):

“...*la eliminación de las clases sexuales requiere que la clase subyugada (las mujeres) se alce en revolución y se apodere del control de la reproducción; se restaure a la*

⁸⁵ R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, ed. Alianza, 2020, p.51.

⁸⁶ J. Haaland, *El tiempo de las mujeres*, ed. Vértice, 2002, p. 27.

mujer la propiedad sobre sus propios cuerpos, como también el control femenino de la fertilidad humana, incluyendo tanto las nuevas tecnologías como todas las instituciones sociales de nacimiento y cuidado de niños”.

Por su parte, Alison Jaggar afirmaba que: «*La igualdad feminista radical significa, no simplemente igualdad bajo la ley y ni siquiera igual satisfacción de necesidades básicas, sino más bien que las mujeres –al igual que los hombres– no tengan que dar a luz... La destrucción de la familia biológica permitirá la emergencia de mujeres y hombres nuevos, diferentes de cuantos han existido anteriormente*»⁸⁷.

Friedan, como otras feministas del momento, propugnó el aborto como un deseable derecho de la mujer: “*Sentía que estábamos fallando a la siguiente generación si eludíamos la cuestión del aborto ahora*”.

Desde los años 60, aborto y feminismo caminaron de la mano. Una contradicción en sus propios términos, pues defender a la mujer planteando la maternidad como una tiranía de la que hay que deshacerse y el niño como un error que hay que enmendar, daña a la mujer en su esencia más íntima. El aborto es, en palabras de Ceriotti, una “*fractura insalvable en el corazón de la feminidad*”. Con el aborto y la anticoncepción la mujer se adueña de la parentalidad y comienza a apartar al padre, al hombre, del proceso de creación de una nueva vida. Pablo VI en su encíclica *Humanae Vitae* fue capaz de ver con una admirable visión de futuro, las consecuencias de la destrucción de la vida en su origen por parte de la mujer; vaticinando algunos de los fenómenos derivados de la revolución del 68 que nos resultan más desconcertantes y que colaboraron a asentar la sociedad sobre la inmadurez y la confusión hasta nuestros días.

Si bien el movimiento feminista trajo patentes ganancias al mundo femenino (como la evidente y exitosa implantación de la mujer en el ámbito público y profesional en el mundo desarrollado), acarreó asimismo nuevas problemáticas y esclavitudes en el ámbito de la intimidad personal y del hogar familiar de las que poco se habla, y que, lejos de suponer una liberación para la mujer, la han conducido a ser sometida a nuevas tiranías, algunas de ellas mucho más penosas y perversas que las de siglos pasados.

Con la extensión del aborto y la anticoncepción, desde la década de los 70, la mujer pretendió librarse de la esclavitud de la procreación e igualarse funcionalmente al

⁸⁷ A. Jaggar, *Relaxing the Limits on Preferential Treatment*, *Social Theory and Practice* 4 (2):227-235 (1977), p.13.

hombre evitando la maternidad. La libertad sexual implicó librarse de cualquier carga generativa en la realización del acto sexual. Pero sin apenas percibirlo, esto condujo a una nueva forma de tiranía, la plena disponibilidad sexual, un mayor acceso al cuerpo de las mujeres por parte de un mayor número de hombres⁸⁸.

Al no depender ya de sus ritmos hormonales y biológicos, alterados de forma a veces prácticamente definitiva por la píldora anticonceptiva, la mujer ha pasado a ignorar su naturaleza más íntima, lo que favorece el desconocimiento de sí misma y que el hombre se desentienda asimismo de algo tan íntimamente femenino. La mujer cuando más activa es sexualmente, más desconoce su propio cuerpo, sus ciclos, que están ligados a los ciclos de la naturaleza han sido suprimidos.

Nunca antes había existido entre maternidad y sexualidad una escisión tan profunda y radical. Como señala el psicoanalista J.P. Winter: *“La diferencia sexual ya no juega un papel esencial en la creación de una familia. El hijo se concibe por otras vías diversas del encuentro sexual entre un hombre y una mujer. A diferencia de lo que parecía ser evidente, la diferencia sexual ya no juega un papel principal en relación al hijo. Ya no está vinculada ni a la creación de una nueva vida humana ni a lo que es necesario para llevarla hasta la edad adulta. El deseo y el placer relacionados con el sexo continúan su propio camino, por un lado, mientras que la familia, padres e hijos, caminan por una vía paralela”*⁸⁹.

Asimismo, al separar el sexo, de la reproducción, del afecto y del compromiso, quedó como algo meramente lúdico o recreativo, sexo puramente fisiológico que conduce a la mujer a una soledad destructiva, pues para ella la sexualidad al margen del amor es difícilmente asumible y nada gratificante. Esto, unido a la idea extendida desde los años 70, pero fuertemente implantada en la actualidad, incluso en nuestros textos legales, de que hombres y mujeres son idénticos desde el punto de vista sexual, que no hay diferencias, que sentimos, disfrutamos y asimilamos el sexo de idéntica manera, ha conducido a la mujer a una nueva forma de esclavitud sexual autoimpuesta: la necesidad de experimentar el sexo como lo hace el hombre. Este gran engaño sobre la sexualidad femenina, lejos de liberarnos, nos ofusca y confunde e impide toda satisfacción personal, pues el impulso sexual de la mujer nada tiene que ver con el del varón.

⁸⁸ W. Shalit, *Retorno al pudor*, ed. Rialp, 2012, p.305.

⁸⁹ J.P. Winter, *El futuro del padre. ¿Reinventar su lugar?* ed. Didaskalos, 2020, p. 112.

Cuando una mujer, porque así se lo ha impuesto el imaginario social y la corrección política del feminismo desestructurado de las últimas décadas, pretende e intenta sentir y vivir la sexualidad como lo hace un hombre, lo único que experimenta es frustración, desencanto, vacío y soledad. Se siente utilizada y degradada. Nunca la mujer ha estado tan liberada sexualmente y nunca ha sido tan vulnerable. Nunca ha tenido tantas experiencias sexuales y nunca ha sido más ignorante acerca de su cuerpo y su sexualidad.

La revolución del 68 dejó a la sociedad cimentada sobre la confusión e inmadurez sexual; queriendo ser colectivista, instauró el individualismo en su estado más puro y condenó a la mujer a una soledad sin precedentes. Aquella revuelta, nos hizo creer que el enemigo de la mujer era el patriarcado, cuando el verdadero enemigo es la falta de lazos familiares estables, el desconocimiento profundo y arraigado de nuestro propio cuerpo y el rechazo a nuestra esencia femenina.

2. La aportación heroica de las mujeres al hogar. ¿Dónde queda el amor?

En un momento de su obra Friedan reconoce el “hambre de hogar” que se extendió tras la segunda gran contienda mundial: *“Tras la soledad de la guerra y la atrocidad de la bomba, contra la aterradora incertidumbre, la fría inmensidad del mundo cambiante, tanto hombres como mujeres buscaron la reconfortante realidad del hogar y las criaturas... Varias generaciones sintieron simultáneamente un ansia acumulada de matrimonio, de hogar y de criaturas; un ansia que, en la prosperidad de la Norteamérica de la posguerra, todo el mundo pudo de repente satisfacer”*.

Efectivamente, era lógico que, especialmente los varones que habían luchado en el frente, desearan volver no simplemente a una casa, sino a un “hogar” donde poder encontrar sentido de pertenencia y calidez. Ignora la autora el papel fundamental que jugaron las mujeres en la reinserción de los hombres que habían vuelto del frente a la vida cotidiana. Un papel imprescindible y esencial que ella minusvalora.

Friedan no da la suficiente importancia a la necesidad psíquica de los varones que volvieron del frente de readaptación en la familia que dejaron atrás para luchar en la guerra. El “hambre de hogar” de los hombres que habían estado dando su vida por su país provocó que a nivel social fuese necesario que las mujeres retomasen a fondo la vida familiar de cara a dar “cobijo” a los recién llegados, tratando de hacer la vida familiar lo más agradable posible para aquellos que habían sufrido un profundo

desarraigo y secuelas físicas y mentales tras abandonar su hogar para luchar en la guerra en tierras extrañas.

Falta sin duda alguna en la obra de Friedan la visión cristiana de la dedicación al hogar; y el amor que esconde lo que ella denomina “*la trivialidad de las tareas domésticas*”.

La *ética del cuidado* de la que habla Jutta Burggraf; la capacidad, descrita por San Agustín, de ver en la repetición el detalle divino; “*amar lo que se tiene*” como la expresión más radical del amor, en palabras del psicoanalista Massimo Recalcati⁹⁰. Como señala Maslow, se trata de tener “*la maravillosa capacidad de apreciar una y otra vez, con espíritu fresco e innovador, las bondades básicas de la vida con sobrecogimiento, deleite y sorpresa e incluso éxtasis, por muy rancias que estas experiencias se hayan vuelto para otras personas*”⁹¹.

Tampoco valora Friedan el apoyo social que encontraban las mujeres en la sociedad norteamericana de aquella época. En ésta, a diferencia de la sociedad actual, la maternidad era aplaudida y comprendida. Además, existía una solidaridad social ahora inexistente como consecuencia del individualismo tan implantado en la actualidad y la desestructuración de la familia. Siempre cabía la posibilidad de encontrar ayuda, amparo y comprensión en una amiga, vecina, familiar, que hiciera menos pesada la carga de las labores diarias de crianza de los hijos y mantenimiento del hogar. Estas redes sociales nos han proporcionado siempre a las mujeres cierta calidad de vida y nos han ayudado a hacer más livianas las tareas diarias. Pues, como afirma Ceriotti, “*la especificidad femenina supone, ante todo, la capacidad de tener vínculos y mantenerlos; incluye la capacidad de acogida de lo que es frágil, y el respeto y reconocimiento de lo que es fuerte; entraña una profunda relación con lo bello, y la libertad para identificar lo valioso, al margen del prestigio social que se le dé*”⁹².

Hoy, en una sociedad de familias desestructuradas y subjetivizadas, donde el individualismo lo inunda todo, esta ayuda se ha evaporado. La capacidad de crear redes sociales que nos garanticen calidad de vida es inexistente. Nos liberaremos cuando superemos la idea que nos hemos autoimpuesto de “*soy fuerte, no necesito ayuda, soy autosuficiente, puedo hacerlo todo sola, no necesito a nadie*”. En este sentido, creerse

⁹⁰ Vid. al respecto, M. Recalcati, *La fuerza del deseo*, ed. Spirito, 2018, p.60.

⁹¹ A. H Maslow, *Motivation and personality*, pp. 200 y sgts.

⁹² M. Ceriotti, *La familia imperfecta. Cómo convertir los problemas en retos*, ed. Rialp, 2019, p.59.

autosuficiente es destructivo y perjudicial, además de ser una locura de idolatría, como lo describe el psiquiatra Recalcati: “*la locura del yo*”⁹³.

Al ver solo los aspectos negativos de la dedicación a la familia y los hijos, olvida Friedan que la vida se humaniza en la familia, donde se ama a sus miembros sin reservas ni condiciones; con sus defectos, imperfecciones y carencias. Olvida que los cuidados maternos nunca son anónimos, genéricos, protocolarios, estándares, la atención materna no es el cuidado de *la* vida en general, sino de *una* vida en particular. La atención de la madre hacia su hijo nunca es anónima ni aséptica porque se basa en el amor hacia un ser concreto, singular y único. El amor de la madre no radica en cultivar lo propio, sino en abrirse al otro. La vida humana cuando llega al mundo siente la necesidad imperiosa de encontrar ese amor materno; amor que resista a los cambios de los tiempos, a la precariedad y turbotemporalidad de la actual hipermodernidad y a las ideologías que tratan de convencernos de su banalidad. Amor frente a la individualización hipertrofiada que trajo consigo la revolución del 68. Amor que no deriva sólo de sentimientos o emociones, sino del ejercicio de la voluntad que implica asumir con determinación la decisión de pensar en los demás antes que en uno mismo, como hábito.

3. La libertad de elegir la valentía de ser una misma.

Hay un momento en el que Friedan compara a las mujeres de los barrios residenciales de esta época con los prisioneros del nazismo. Comparación del todo inaceptable, pues los prisioneros estaban en los campos de concentración en contra de su voluntad; mientras que las mujeres habían elegido libremente su situación, es posible que empujadas por el ideal social (*la mística de la feminidad*) y por las circunstancias económicas e históricas del momento, pero la decisión fue suya. Como diría Viktor Frankl, son las decisiones y no las condiciones las que determinan nuestra vida. El éxito, como la felicidad, es el efecto secundario inesperado de la dedicación personal a una causa mayor que uno mismo⁹⁴.

Presupone Friedan, en cierto modo y de forma implícita, que las mujeres eran seres débiles y dependientes, sin capacidad de reacción o de toma de decisiones por sí mismas. Y las insta a escapar, “*ejercer por fin su libertad humana y recobrar su*

⁹³ M. Recalcati, *La fuerza del deseo*, ed. Spirito, 2018, p.15.

⁹⁴ V. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 1945.

percepción de la identidad. Tienen que negarse a no tener nombre ni personalidad, a estar manipuladas, y vivir sus propias vidas de nuevo de acuerdo con un propósito que ellas mismas hayan elegido. Tienen que empezar a crecer (...) una mujer debe encontrar su propia identidad humana existencial, compartiendo su acción, sus decisiones y desafíos sin por ello renunciar al hogar, a las criaturas, al amor ni a su propia sexualidad (...) una mujer debe poder decir, y no sentirse culpable al hacerlo ¿quién soy? y ¿qué quiero hacer en mi vida? No debe sentirse egoísta y neurótica si quiere alcanzar metas propias, que no estén relacionadas con su esposo e hijos”.

La realidad es que no *todas* las mujeres de esa época sucumbieron a lo que Friedan denominó la mística de la feminidad. Había mujeres serenas y con enorme fuerza interior que, aunque dedicadas a su hogar, eran capaces de ser ellas mismas y buscar en la atención a la comunidad otro ámbito en el que sentirse realizadas con actividades que requerían inteligencia y responsabilidad (grupos escolares, cívicos, teatros, tertulias...). También hubo mujeres que no cayeron bajo esa mística y que además de madres de familia realizaron grandes aportaciones a la sociedad, desde el punto de vista profesional y personal; como hizo ella misma que, además de ejercer como ama de casa, continuó su trabajo periodístico y publicaba en revistas divulgativas como *Redbook*, *Ladies' Home Journal*, *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan* y *Reader's Digest*. En estas revistas —culturalmente definidas como de gusto convencional (*middlebrow*)— Friedan transmitió sus pensamientos sobre la mujer y también permaneció activa participando en distintas actividades comunitarias y sociales.

VII. REIVINDICACIÓN DE LA MATERNIDAD “TRANQUILA”. LA URGENCIA DEL AMOR

La maternidad exagerada y perfeccionista de aquellas mujeres descritas por Friedan provocaba tanta neurosis -tanto en la madre como en los hijos- como la maternidad programada, planificada y buscada -a veces con ansiedad y obsesión e incluso cuando el cuerpo femenino ya carece de capacidad generativa- que caracteriza el mundo hipermoderno actual⁹⁵.

Si realmente existe un derecho de la mujer que ha sido olvidado y minusvalorado por el feminismo y al que apenas se presta atención por el poder público, es el derecho a una maternidad natural y en plena libertad, es decir, sin condicionamientos sociales, sin

⁹⁵ Vid. al respecto, M. Calvo, *La mujer femenina*, ed. Rialp, 2022.

presiones ambientales, sin consecuencias negativas laborales, sin incomprensiones dogmáticas. A una maternidad “natural”, en el momento en el que la mujer es joven y tiene capacidad generativa, pues es cuando su cuerpo y su mente están preparados para acoger equilibradamente una nueva vida. Lo contrario, apoyar e incluso fomentar la maternidad tardía con todo lo que ello implica de dolor, ansiedad y sufrimiento, es agresión y violencia simbólica contra la mujer y atentado contra su dignidad y la de su descendencia⁹⁶.

Tenemos derecho a una maternidad serena, tranquila y compatible con el desarrollo profesional. A una maternidad descuidada, dulcemente descuidada o imperfecta, en la que el hijo no sea el centro de nuestra vida, no sea la razón de nuestra existencia y que por ello permita a la mujer desarrollar también en plenitud, no solo su parte materna, sino asimismo su parte erótica, personal, de pareja, profesional. Una maternidad contraria a los cánones de belleza actuales, en la que renunciemos generosamente a la esbeltez y seamos capaces de reencontrar la hermosura auténtica que esconde el proceso por el cual el cuerpo adquiere redondez y se va moldeando por la nueva vida que acoge.

Tenemos derecho, una maternidad sensatamente imperfecta. Necesitamos una vuelta a la madre tranquila que no busca desesperadamente al hijo (cuándo y con las condiciones que ella decide exactamente, muchas veces por presión de su ámbito profesional)⁹⁷; sino que está dispuesta a acogerlo cuando llegue y como llegue, con todos sus defectos e incluso enfermedades e incapacidades, porque es capaz de ver en estas circunstancias la

⁹⁶ En este caso, lejos del mundo idealizado que algunas clínicas se esfuerzan por exponer, la realidad muestra la activación de dudas, miedos, contradicciones y desestabilización psíquica de muchas mujeres, por los esfuerzos y dificultades, físicas y psíquicas, para ser madre; algunas de ellas -incómodas por ser madres con el óvulo de otra mujer- pasan por estados depresivos por falta de identificación con la criatura. Además, el uso de técnicas de reproducción asistida afecta a la mujer de una forma especial pues despertar el aparato reproductor femenino tras someterlo a métodos anticonceptivos hormonales requiere tiempo, ya que las píldoras detienen el proceso de ovulación. De hecho, el porcentaje de éxito de los tratamientos de reproducción asistida es realmente solo del 20%, con su contraparte de decepciones.

⁹⁷ Grandes empresas, entre otras, *Facebook* y *Google*, ofrecen a sus empleadas la posibilidad de congelar de forma gratuita sus óvulos, a la espera de un “mejor momento” para ser madres y, de este modo, no tener que frenar su carrera profesional. Una oferta perversa y obscena que, tras la apariencia de progreso, feminismo, igualdad y modernidad, esconde un nuevo tipo de esclavitud femenina: la plena disponibilidad de la mujer en el ámbito profesional; una nueva alienación, esta vez laboral, así como el mensaje de que la maternidad es un obstáculo para el desarrollo profesional, un hecho colateral que conviene posponer en beneficio de la promoción laboral y que debe resultar subordinado a cualquier otro proyecto.

manifestación de la originalidad de la vida y porque ama al hijo no *a pesar* de sus imperfecciones sino precisamente por no ser perfecto.

Una madre abierta a la contingencia, porque sabe que el hijo es un don y ello implica sorpresa, porque está abierta a lo inédito, a lo imprevisto. Una madre que renuncia a los sueños omnipotentes de control absoluto sobre el hijo. Esto concede a la madre la serenidad interior de no ser la que decide sobre la vida o no de su hijo, sobre el cuándo y el cómo ha de venir al mundo. Que no sofoca al hijo con sus proyectos, sino que sabe “abandonar” al hijo en la configuración de un destino propio y diferente del soñado por ella. El equilibrio de toda madre debe encontrarse entre la entrega amorosa hacia su hijo, y la disponibilidad y apertura a perderlo, a dejarlo ir cuando sea el momento oportuno. Este es uno de los mayores regalos de la maternidad: dejar que el hijo emprenda su propio vuelo. Esta es, de hecho, la mayor prueba que le espera a toda madre: dejar marchar a su hijo después de haberlo engendrado y atendido; “*confiar el hijo al desierto, como hizo Abraham; saberlo abandonar (...) regalarle la libertad como señal de amor*”⁹⁸.

Una madre que sabe que el hijo es alteridad, trascendencia en la más pura inmanencia, y que manifiesta el misterio de la existencia como don recibido. La maternidad alegre y gozosa es aquella que dona su propio cuerpo para que sea habitado por una alteridad que lo trasciende.

Una madre que sabe que dar a luz un hijo, llevarlo en las entrañas, alimentarlo con el propio cuerpo supone comenzar a perderlo desde el instante en el que nace; reconocerlo como pura trascendencia (una vida que la madre no posee, sino que alberga), generarlo como una alteridad. Sabe que el hijo es descendencia, no pertenencia. Sabe que ser genitora de la vida no la convierte en su propietaria⁹⁹. Hospitalidad sin propiedad, ese es el rasgo distintivo de la maternidad generosa (siendo el de la paternidad, responsabilidad sin propiedad).

⁹⁸ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo. Fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.33.

⁹⁹ Sobre el profundo nexo entre maternidad y necesidad de la pérdida, tiene una especial belleza el ejemplo que Recalcati trae a colación del sacrificio de Isaac. Según su interpretación, Dios no exige la muerte física del hijo, sino el sacrificio de la propiedad sobre el mismo, reclamando su libertad, el desapego de su madre respecto del hijo imposible, el hijo del milagro. Asimismo, sirven de ejemplo, las maternidades de Isabel con San Juan y de la Virgen María con Jesucristo, ambas abiertas a la contingencia y a la libertad del hijo. M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo. Fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p.85 y sgts.

Una madre que sabe que un hijo es el subproducto del amor de dos; no el producto del deseo autorreferencial de una misma; es el resultado de la metáfora del amor de sus padres, abierto a la contingencia ilimitada de la existencia¹⁰⁰. El hijo es, en palabras de Hadjadj, “*la añadidura del amor sexuado, y no el resultado de una intención directa (...) un don sin reciprocidad*”¹⁰¹.

Una madre que, por ello, es capaz de regalar la experiencia de su ausencia al hijo. Y que sabe ser la custodia de su hijo y regalarle al mismo tiempo la aventura. Que sabe parir dos veces al hijo: una carnalmente, regalándole la vida biológica y otra, socialmente, regalándole la apertura al mundo de los símbolos y de la cultura.

Una madre que es consciente de que su propia libertad, como mujer, depende de su capacidad para poner al hijo en el lugar que le corresponde, siempre detrás de la pareja, en la base de la pirámide de la jerarquía generacional; nunca en la cúspide. El no ser solo madre, toda madre, demasiado madre o madre al 100%, concede a la mujer la tranquilidad de espíritu necesaria para desarrollarse también en otras facetas de su vida y ser así más libre y completa¹⁰².

Una madre que sabe que la libertad del individuo requiere un comienzo indisponible y que los hijos son libres cuando su llegada al mundo escapa de nuestro control, cuando en su advenimiento influye “*cierto factor de riesgo*” o “*la ayuda parcial del azar en la actividad sexual de sus padres*”¹⁰³; cuando no nos deben la vida a nosotros sino a un proceso vital, como ha sucedido en las generaciones precedentes en las que el hijo se sentía como un “*subproducto de la actividad sexual de sus padres*”¹⁰⁴. Como afirma autobiográficamente Fabrice Hadjadj, “*mis padres se desearon y no me desearon directamente a mí. Ante todo, lo que quisieron es hacer el amor, como se dice con tanta torpeza, y no hacer un hijo. Y resulta que aparecí yo, un pequeño judío, como siempre, fuera de programa (...) un hombrecito que, al crecer, escapó totalmente de sus anticipaciones (pero no de sus corazones). No porque no me rebelara, sino porque todo*

¹⁰⁰ M. Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo. Fantasmas y herencia de lo materno*, ed. Anagrama, 2018, p. 102.

¹⁰¹ F. Hadjadj, *¿Qué es una familia? La transcendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas)*, ed. Nuevoinicio, 2015, pp.36-37.

¹⁰² Un excesivo espíritu maternal influye negativamente en la sexualidad de la pareja, porque la mujer demasiado materna convierte al hombre en un hijo y lo infantiliza. M. Ceriotti, *Erótica y materna. Viaje al universo femenino*, ed. Rialp, 2019, p.51.

¹⁰³ A. Naouri, *Padres permisivos, hijos tiranos*, ed. Ediciones B, 2005, p.236.

¹⁰⁴ A. Naouri, *Educación a nuestros hijos, una tarea urgente*, ed. Taurus, 2008, p.42

el mundo excede de sí mismo por el hecho de haber nacido, y de no haber sido fabricado”¹⁰⁵.

La urgencia del amor

Por todo ello, es urgente rehumanizar la vida y devolver el proceso de filiación a una visión naturalista de la familia y a un modelo de maternidad destinada a resistir las transformaciones de la familia que están arrollando nuestra época; función esencial de la maternidad que ningún cambio histórico podrá eliminar jamás.

Es urgente volver a “amar” la vida sin reservas ni condiciones; con sus defectos, imperfecciones y carencias. Amar al hijo, amar a aquel que no ha sido elegido, producto de la contingencia y de la apertura a lo inédito. Este amor incondicional, pero real (no idealizado) solo es posible en la familia. Porque es en ella donde se acoge sin reservas el maravilloso regalo inesperado del hijo que es “*el cimientó carnal de la apertura a la trascendencia*”¹⁰⁶.

VIII. CONCLUSIÓN. REIVINDICANDO EL FEMINISMO DE LIBERTAD

Desde la revolución del 68 hasta nuestros días, la sociedad ha ido perdiendo sus dimensiones universales y sus fundamentos antropológicos y las tendencias descritas han permeado las leyes y han contribuido a organizar la sociedad sobre la confusión y la inmadurez. Las mujeres han logrado una igualdad, al menos formal, al precio de perder su feminidad y los hombres se avergüenzan de una masculinidad que hoy es despreciada por una sociedad que prefiere los modelos femeninos de conducta y comportamiento. Las consecuencias de aquella revolución, en apariencia inocente y pacífica, las estamos viviendo hoy y son absolutamente devastadoras. Aquella reivindicación juvenil constituye el origen de algunos de los fenómenos actuales que nos resultan más desconcertantes, como la asimilación de la homosexualidad a la heterosexualidad, la ruptura de los lazos familiares o la renuncia a la maternidad y la expansión de las prácticas abortivas.

La mujer comenzó a renunciar a su propia esencia femenina, sin ser consciente del menoscabo que esto implicaría a largo plazo para su libertad y su pleno desarrollo

¹⁰⁵ F. Hadjadj, *¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas)*, ed. Nuevoinicio, 2015, p.18.

¹⁰⁶ F. Hadjadj, *¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas)*, ed. Nuevoinicio, 2015, p.44.

personal. Con los anticonceptivos y el aborto la mujer cierra la puerta de acceso a la vida de la que es dueña, renuncia a su esencia, a su capacidad de acoger y de dar vida. Con la revolución sexual pierde el pudor, banaliza su cuerpo y desgaja la sexualidad de la afectividad y del compromiso; algo que la ha llevado a una neurosis generalizada, pues para la mujer la desvinculación del sexo de la afectividad la daña profundamente. El sexo “recreativo” o “lúdico” coloca a la mujer en un estado animal, de obediencia a las órdenes fisiológicas y la degrada. Además, como señala, Eberstadt, el *ethos* del sexo recreativo difumina la línea entre el varón protector y el depredador y a muchas mujeres les resulta difícil reconocer dónde está la diferencia; haciéndolas más vulnerables y frustradas¹⁰⁷. Si la libertad es dar rienda suelta a los impulsos más básicos de la sexualidad humana, involucionamos hacia un estado precivilizatorio, de deshominización, pues, como afirmaba Freud, fue precisamente el control de los impulsos - la capacidad humana natural de «sublimar» el instinto sexual- lo que permitió la civilización; la transformación de la horda en tribu. Si no hay límites - también para la actividad sexual- abandonamos lo humano y nos sumergimos en la naturaleza salvaje.

Mayo del 68 significó la exaltación de una feminidad narcisista, empobrecida, deconstruida y deformada, carente de la dimensión maternal. Dando lugar a un feminismo que “desfeminiza” a la mujer por asimilación con el hombre, al que paradójicamente se enfrenta y desprecia, pues le considera el origen de todo mal; extendiendo la misandria (odio hacia el varón). Del mismo modo que el marxismo tenía por objeto liberar al obrero del poder del capitalista, esta nueva versión del feminismo abogó por arrebatarse el poder al “patriarcado machista” para redistribuirlo entre las mujeres. El error es olvidar que la sociedad “patriarcal”, ha sido también la sociedad en que, a lo largo de la historia, y en diversas y no siempre fáciles condiciones, hubo hombres que hicieron magníficas creaciones y ganaron importantísimas batallas para la humanidad, muchos de ellos dando su vida contra la opresión y por la libertad.

Friedan defendía que ninguna mujer debería ser criticada o presionada por dedicarse al ámbito profesional. Del mismo modo actualmente ninguna mujer debería ser criticada o tratada como un ser débil o neurótico porque desee dedicarse, durante un tiempo o de forma permanente, exclusivamente a su familia. La incomprensión hacia las mujeres

¹⁰⁷ M. Eberstadt, *Gritos primigenios. Cómo la revolución sexual creó las políticas de identidad*, ed. Rialp, 2020, p.96.

que deseaban desarrollarse fuera del hogar en la década de los 50 en Estados Unidos recuerda a la incompreensión actual que sufren las mujeres que desean dedicarse a su familia en los países desarrollados de occidente.

Reivindicando el feminismo de libertad

Actualmente la mujer necesita ser también libre para tomar la decisión de ir contracorriente; la decisión de tener libertad de carácter. Las feministas igualitaristas han logrado que la sociedad asuma la idea de que trabajar en casa, ser buena esposa y madre es atentatorio contra la dignidad de la mujer, algo humillante que la degrada, esclaviza e impide desarrollarse en plenitud. Y que, para ser una mujer moderna, es preciso previamente liberarse del yugo de la feminidad, en especial, de la maternidad, entendida como un signo de represión y subordinación.

No son pocas las madres que, especialmente durante los primeros meses de vida de los hijos, desean en su fuero interno quedarse en casa a cuidarlos, pero se sienten atormentadas por una voz que resuena en su interior y que les indica que no está socialmente bien visto tomar esa decisión. En este sentido, podemos afirmar que se ha extendido el miedo a ser mujer en plenitud; miedo a la libertad de carácter, a ser emotivamente libres, a tomar las decisiones que me indica el sentido común y el instinto maternal. ¿Cómo es posible que en plena liberación de la mujer no seamos capaces de decidir con libertad y nos veamos forzadas a hacer lo que no deseamos realmente?¹⁰⁸.

La libertad de carácter supone tomar decisiones que no serán siempre comprendidas por aquellos que nos rodean; como sucede cuando damos prioridad a la maternidad sobre un brillante y exitoso desarrollo profesional en un momento concreto de nuestra vida. Supone, como decía Chesterton: “*la libertad de atarme a mí mismo*”, por amor.

Libertad respecto de las expectativas ajenas y convencimiento de que somos fieles a nuestra propia búsqueda interna. Libertad para decir no a puestos, cargos o posiciones en las que realmente no se quiere estar, aunque supongan una pérdida de admiración por parte de otros o un incumplimiento de las expectativas que tenían puestas en nosotras. Decir no es una tarea compleja para la mujer, por miedo a defraudar a quienes tiene

¹⁰⁸ La maternidad como cuestión esencial de la libertad de la mujer también ha sido ampliamente defendida por la Iglesia: «Será un honor para la sociedad hacer posible a la madre, sin obstaculizar su libertad, psicológica o práctica, sin dejarle en inferioridad ante sus compañeras, dedicarse al cuidado y a la educación de los hijos, según las necesidades diferenciadas de la edad» (Juan Pablo II, 1981).

alrededor y por estar acostumbrada a hacer la vida fácil y agradable a los que nos rodean, también porque supone una validación o aprobación implícita de los demás y también por la vanidad que supone el haber sido elegida o seleccionada para una determinada tarea, encargo, o puesto. Pero la aceptación de trabajo en estas condiciones nos aliena pues satisfacemos las aspiraciones de los demás y no las nuestras propias.

El sentido de todo cambio, de toda transformación positiva, consiste en reencontrar la valentía de ser uno mismo, más cabalmente, más hondamente. Superando los miedos que distorsionan el propio pensamiento y dejan poco espacio a la libertad para evaluar correctamente la realidad y obrar conforme a lo que se considera adecuado¹⁰⁹.

Tal vez la falta de aceptación propia sea el problema principal del feminismo, también en su modalidad de la nueva maternidad. La aceptación de la mujer en su propia manera de ser, en su ser mujer, único e irrepetible¹¹⁰. Muchas mujeres expresan su desencanto con la realidad del éxito profesional; otras se han sentido engañadas por las promesas del feminismo; algunas renuncian a la maternidad presionadas por el ambiente social y ceden a las expectativas masculinas sobre su carrera profesional; se sienten insatisfechas porque han vivido según patrones masculinos y según los patrones de un feminismo desnortado que las ha despojado de su esencia y autenticidad y que sin percibirlo les impuso patrones cosificados propios de los varones. La mujer debe despertar a una feminidad consciente, para ello debe hacer un viaje interior en busca de su propia identidad.

La mujer desea vivirse plenamente como mujer, vivir una feminidad auténtica y ser al mismo tiempo fuerte e independiente. Ejercer la autoridad que emana de su autenticidad consigo misma, sin miedo a la crítica, desaprobación o desprecio del ambiente. Esto supone ejercer el *feminismo de la libertad*: el derecho de cada mujer a elegir su vida, su destino, sin ser supervisadas por modelos impuestos por otras mujeres u hombres.

¿Qué quiere realmente la mujer? Respeto y soberanía sobre sí misma, sobre su propia vida. La tarea sutil que nos queda por hacer después de tanto luchar por la igualdad, es la de restaurar la verdadera feminidad a un lugar de dignidad y honor. Esto nos hará libres para amar y ser amados.

¹⁰⁹ O. Poli, *Madres demasiado madres*, ed. Rialp, 2011, p.173.

¹¹⁰ J. Burggraf, "El feminismo, ¿destruye la familia?". Consultado en internet en <https://www.almudi.org/articulos/9144-el-feminismo-destruye-la-familia>

Necesitamos reencontrarnos con nosotras mismas y, una vez que hemos sido madres, darnos permiso para *amar a corazón suelto*; a sabiendas de que el amor implica compromiso, renuncia y esfuerzo, en contra de la actual tendencia que implica rechazar de plano los aspectos más dolorosos, complicados o comprometidos de la relación amorosa. Debemos darnos permiso a nosotras mismas para ser felices. Para ello, deberemos asumir la imposibilidad de dar el cien por cien en ambos ámbitos, el laboral y el familiar. Y ser consciente de que lo que se pierde en perfección se gana en autenticidad y tranquilidad interior.

Para conocernos a nosotras mismas debemos comenzar por aceptar una “*percepción serena de la normalidad de la imperfección*”, de nosotras como madres, pero también de nuestros hijos¹¹¹; imperfección razonable es la normalidad que debemos asumir gozosamente. La familia no tiene nada de ideal, la familia perfecta no existe. Somos seres finitos y limitados; la madurez consiste precisamente en ser conscientes de este principio y aceptarlo. Asumiendo una serena percepción de nuestra imperfección en ambos ámbitos -laboral y profesional- podremos relajarnos y ser, no solo más felices, sino incluso más eficaces. “Realizarse” en la vida para algunas mujeres puede suponer dedicarse en cuerpo y alma al trabajo, pero para una mayoría de ellas supone experimentar el milagro de la maternidad. ¿Hay cosas mejores a las que dedicarse que a la maternidad? ¿Viajar, divertirse, ganar dinero? Para un sector considerable de mujeres (y de hombres) la maternidad y la paternidad no tienen parangón porque parten del amor y aquellos que lo han experimentado en plenitud saben que es liberador y gratificante.

La mujer al ceder tiempo profesional para la crianza de los hijos, pierde económicamente, pero gana existencialmente. Tiene un coste profesional, pero también un provecho subjetivo: calidad en la relación con el hijo; bienestar personal; sensación de realización personal; paz interior que proviene del sentimiento de estar haciendo lo correcto; satisfacción por contribuir a la felicidad y crecimiento de un ser¹¹². Riqueza y sueldo no son conceptos idénticos. Se puede tener un buen sueldo y mucho dinero y ser pobre existencialmente, dado que la principal riqueza actualmente es la familia y el

¹¹¹ M. Ceriotti, *La familia imperfecta. Cómo convertir los problemas en retos*, ed. Rialp, 2019, p.29

¹¹² G. K. Chesterton: “*Así es la mujer, y su oficio es generoso, peligroso y romántico. Su carga es pesada, pero la humanidad ha pensado que valía la pena echar ese peso sobre las mujeres para mantener el sentido común en el mundo*”. En el libro compilatorio de J.R. Ayllón, *Esencia de mujer*, ed. Homo Legens, 2020.

tiempo para dedicarle a la misma que, por desgracia, se está convirtiendo en un bien realmente escaso.

Como afirma Scruton, *“nuestra condición no es la de homo oeconomicus, que busca en todo satisfacer sus deseos particulares. Somos criaturas constructoras de hogar, que cooperan en busca de valores intrínsecos, y lo que nos importa son los fines, no los medios de nuestra existencia”*¹¹³.

La libertad de carácter implicará en muchas ocasiones tener menos ingresos, pero mayor control sobre la vida propia; menos reconocimiento profesional, pero mayor satisfacción personal. Libertad para elegir amar, para mirarse menos el ombligo, para escoger vivir no solo para uno mismo. Libertad para vivir una vida de mujeres (no de hombres), para definir los valores propios, las prioridades y decidir sobre nuestro destino desde una perspectiva femenina. La posibilidad de seguir los propios deseos en lugar de hacer lo que otros creen que se debería hacer (por ser lo políticamente correcto) es una de las características de las sociedades libres más avanzadas. Que las mujeres sigan su tendencia biológica y sus preferencias innatas, en lugar de los mandatos impuestos por los ideólogos del momento, redundará en la felicidad personal de la mujer, en el bienestar de los hijos y la estabilidad familiar y, en consecuencia, supondrá un beneficio para la sociedad entera. No se trata de un retorno a tiempos pasados, sino de una actitud radicalmente progresista de mujeres que buscan el equilibrio en sus vidas y que apuestan por un futuro fascinante en el ámbito personal y prometedor en lo profesional.

En la actualidad, muchas mujeres inteligentes han desenmascarado la farsa de la intercambiabilidad de los sexos, quieren ser ellas mismas, aportando sus valores y cualidades, y están dispuestas a luchar contra los roles sociales que les imponen un trabajo según los cánones masculinos que implican renunciar a la maternidad y despreocuparse de la familia. Mujeres que quieren ser madres de familia pero que también desean estar inmersas en la vida pública y profesional sin renunciar a su feminidad. Mujeres que buscan el equilibrio en sus vidas y apuestan por un futuro fascinante en el ámbito personal (concediendo un lugar prioritario a la maternidad y la familia) y prometedor en el profesional.

¹¹³ R. Scruton, *Cómo ser conservador*, ed. Homo Legens, 2020, p.192.

Para lograr este equilibrio existe un requisito previo imprescindible; el conocimiento profundo e íntimo de una misma, así como un valor, casi heroico, puesto que la sociedad en general no valida este modelo de mujer y deberemos estar preparadas para ser criticadas, minusvaloradas y saboteadas por aquellos que identifican equivocadamente lo femenino (y en especial la maternidad) como algo pasivo, improductivo, inferior, débil, dependiente; pero es el precio de la fidelidad a una misma, de la autenticidad y, en consecuencia, de la felicidad, nuestra y de los que nos rodean y amamos. Precisamos una recuperación interna de los valores femeninos y su integración con las habilidades masculinas aprendidas durante décadas de imitación de los modelos masculinos implantados en el mundo profesional. Lo mismo sucede con aquellos varones que han desarrollado habilidades y virtudes propias de la femineidad -como la empatía, la expresividad emocional, la capacidad de sentir compasión- esto los enriquece y los hace seres humanos más equilibrados.

Debemos descartar las viejas ideas del éxito que lo cifran solo y exclusivamente en el desarrollo profesional, con un enorme coste para la familia y un considerable desgaste personal y emocional, y comprender que el éxito es el equilibrio entre vida personal y profesional, la aceptación de una misma con todas nuestras limitaciones e imperfecciones, la capacidad de disfrutar de la familia y el trabajo sin resultar absorbidas por ninguno de los dos ámbitos sino manteniendo nuestra autonomía personal; un espacio propio de crecimiento y autoconocimiento solo para nosotras.

Pero para lograr este fin, resulta imprescindible tener el valor para abandonar nuestra dependencia de lo actualmente ortodoxo, la actual “*mística de la femineidad*”, de la mentalidad lineal impuesta, ser libres de las insolentes pretensiones de aquellos que desean rediseñarnos y recobrar la esencia femineidad perdida a lo largo de los siglos, revalorizarla, conocernos a nosotras mismas, resultado de la naturaleza y la cultura; porque sólo reconociendo nuestra esencia y comprendiendo nuestra peculiar identidad - diferente y complementaria de la masculina- podremos tomar las riendas de nuestra vida y ser dueñas de nuestro destino. Si la mujer pierde conciencia de sí misma y de los dones que porta, la vida de todos se empobrece y se hace más árida¹¹⁴.

¹¹⁴ M. Ceriotti, *Erótica y materna. Un viaje al universo femineidad*, ed. Rialp, 2019, p.13.

